

JULIO VERNE.

KERABAN EL TESTARUDO.



KERABAN EL TESTARUDO

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE.

.....

SEGUNDA PARTE.



GASPAR, EDITORES.

4, PRÍNCIPE, 4.

MADRID.—1884.

Es propiedad de los Editores.



KERABAN EL TESTARUDO.

SEGUNDA PARTE.

I.

EN EL QUE SE MEZCLA UN POCO DE DRAMA Y CIERTA HISTÓRICA FANTASÍA DE VIAJE.

¡Habían partido! Habían dejado la posesion, el señor Keraban para continuar el viaje, Van Mitten para acompañar á su amigo, Ahmet para seguir á su tío, y Nizib y Bruno porque no podían hacer otra cosa. La habitacion estaba desierta, á no ser cinco ó seis servidores que se ocupaban en arreglarla. Hasta el banquero Selim acababa de ir á Odessa, con el fin de entregar á los viajeros los rublos en cambio de las piastras otomanas.

En la casa sólo había entonces dos jóvenes, Amasia y Nedjeb.

El capitán maltes lo sabía. Todas las peripecias de aquella escena de despedida las había contemplado con el interés fácil de comprender. ¿Dilatara el señor Keraban el matrimonio hasta su vuelta? Lo había dilatado: primera buena señal para sus proyectos. ¿Consentiría Ahmet en acompañar á su tío? Había consentido: segunda buena señal para Yarhud.

Pues bien, el maltes tenía una tercera: Amasia y Nedjeb estaban solas en la posesion, ó por lo ménos, en la galería que se extendía hasta el mar. La embarcacion estaba á medio cable..... El bote le aguardaba en las gradas..... Sus marineros estaban prontos á obedecerle á la primera señal..... No faltaba más que oír.

El capitán estuvo á punto de emplear la violencia para apoderarse de Amasia. Pero, como en el fondo

era un hombre prudente, no queriendo entregarse al azar, decidido á no dejar rastro alguno del rapto, se puso á reflexionar.

Si empleaba la fuerza, Amasia pediría socorro. Nedjeb uniría sus gritos á los suyos. Tal vez serían oídas por algun criado. ¡Entonces verían á la *Guida-re* aparejar para salir de la bahía de Odessa! Y sería ya un indicio, una prueba..... ¡No! era mejor obrar con más circunspeccion y aguardar á la noche para ello. Lo importante era que Ahmet no estuviese allí... y no estaba.

El maltes quedó, pues, escondido, sentado en la popa de su bote, algo disimulado por la balaustrada, observando á las dos jóvenes. Ellas ni pensaban siquiera en la presencia de aquel peligroso personaje.

Por otra parte, si por la visita convenida, Amasia y Nedjeb consentían en ir á bordo de la embarcacion, ya fuese para examinar los artículos, ya por cualquier otro motivo (y Yarahud ya tenía sus proyectos en atencion á esto), vería si era oportuno decidirse sin aguardar la noche.

Después de la partida de Ahmet, Amasia, indisputada por aquel rápido golpe, estaba silenciosa, pensativa, observando el lejano horizonte que se desarrollaba hácia el Norte.

Allí se dibujaba el litoral que los obstinados viajeros iban á seguir; allí, aquel camino, en el que las tardanzas, los peligros tal vez, pondrían á prueba el carácter del señor Keraban y de todos los que á pesar suyo le acompañaban.

Si su matrimonio se hubiese efectuado, no hubiera vacilado en acompañar á Ahmet. Entonces, ¿de qué modo hubiera podido oponerse su tío? No se hubiera opuesto. ¡No! siendo ya su sobrina, la parecía que hubiera tenido alguna influencia sobre él, que le hubiera detenido en aquella peligrosa pendiente, donde su obstinacion podía empujarle todavía. Y sin embargo, estaba sola y la era necesario aguardar semanas enteras ántes de encontrarse con Ahmet en aquella posesion de Scutari, donde su union debía efectuarse.

Mas si Amasia estaba triste, Nedjeb estaba furiosa, y furiosa contra el testarudo, causa de todas las decepciones. ¡Ah, si se hubiese tratado de su propio matrimonio, la joven zingara no se hubiera dejado llevar de aquella manera á su futuro! Hubiera contrariado los propósitos del testarudo personaje. Las cosas hubieran pasado de bien distinta manera.

Nedjeb se aproximó á la joven, cogiéndola de la mano; la llevó al divan obligándola á sentarse, y tomando un cojin, se sentó á sus piés.

Querida señora—dijo—en vuestro lugar, en vez de pensar en el señor Ahmet, yo pensaría en el señor Keraban, para maldecirle á mi gusto.

—¿Y para qué?—respondió Amasia.

—Me parece que sería ménos triste—repuso Nedjeb.—Si quereis, colmarémos á ese buen tío de toda clase de maldiciones. Las merece, y os aseguro que no me quedará corta.

—No, Nedjeb—respondió Amasia.—Hablemos de Ahmet. ¡En él es en el que solamente debo pensar, y en él pienso!

—Hablemos, pues, querida señora—dijo Nedjeb.

—Es cierto que es el más agradable y bueno de los hombres que puede soñar una joven. ¡Pero qué tío tiene! Es déspota y egoísta ese infame hombre, que con una sola palabra que dijese, y que no ha dicho, nos podía haber concedido unos días tan buenos. Verdaderamente, merecía.....

—Hablemos de Ahmet—repuso Amasia.

—Sí, querida señora, os ama. ¡Qué feliz vais á ser con él! ¡Ah! sería un hombre incomparable si no tuviese semejante tío. ¿Pero de qué está hecho ese hombre? Sabeis que ha obrado muy bien al no tener mujer, ni una ni muchas. Con estas terquedades hubiera revuelto hasta los esclavos de su harem.

—¿Pero todavía estás hablando de él, Nedjeb?—dijo Amasia, cuyo pensamiento seguía diferente curso.

—No, no..... hablo del señor Ahmet, y como vos, no pienso más que en el señor Ahmet. ¡Ah! en su lugar, no me hubiera rendido, hubiera insistido..... Le creía más enérgico.

—¿Quién te dice, Nedjeb, que no ha mostrado más energía cediendo á las órdenes de su tío, que no contrariándole? ¿No ves que aunque me costase el mayor de los dolores, es mejor que haga ese viaje, para abreviarle por todos los medios posibles, para prevenir peligros que el señor Keraban, con su habitual terquedad, no hubiera previsto? No, Nedjeb, no. Partiendo, Ahmet ha dado prueba de su valor; partiendo me ha dado una nueva prueba de su amor.

—Es preciso que tengais razon, mi querida señora—respondió Nedjeb, que por la viveza de su sangre zingara no podía someterse.—¡Si, el señor Ahmet se ha mostrado muy enérgico partiendo! ¿Pero no hubiese sido mucho más enérgico todavía si hubiera impedido á su tío partir?

—¿Era eso posible, Nedjeb?—repuso Amasia.—Te lo pregunto, ¿era eso posible?

—¡Si..... no..... puede ser!—respondió Nedjeb. No hay barra de hierro que no se pueda doblar..... ó romper, si es necesario. ¡Ah, ese tío Keraban! Él solamente tiene la culpa de todo; y si sobreviene algun accidente, él solamente será el responsable. ¡Cuando pienso que por no pagar diez *paras* hace la desgracia del señor Ahmet, la vuestra..... y por consecuencia la mia, quisiera, sí..... quisiera que el mar Negro se desbordase, hasta los últimos límites del mundo, para ver si se obstinaba en darle la vuelta!

—¡La daría!—respondió Amasia con un tono que expresaba la más profunda conviccion. ¡Pero hablemos de Ahmet, Nedjeb, y no hablemos más que de él!

En aquel momento Yarahud acababa de dejar su bote, y sin ser notado avanzaba hácia las dos jóvenes. Al ruido de sus pasos las dos se volvieron. La sorpresa, mezclada con algo de temor, se pintó en sus rostros al percibirle cerca de ellas.

Nedjeb se levantó la primera.

—¿Vos, capitán?—dijo.—¿Qué venis á hacer aquí? ¿qué quereis?.....

—No quiero nada—respondió Yarahud, fingiendo extrañeza de verse acogido de aquella manera;—no quiero nada, á no ser ponerme á vuestra disposicion para.....

—¿Para qué?—repitió Nedjeb.

—Para conduciros á bordo de la *Guidare*—respondió el capitán.—¿No habeis decidido el venir á visitar su cargamento y escoger algo que pudiera conveniros?

—Es verdad, querida señora—exclamó Nedjeb;—nosotras habíamos prometido al capitán....

—Nosotras habíamos prometido, cuando Ahmet estaba aquí—respondió la joven; pero Ahmet ha partido, y no es ocasión para ir á bordo de la *Guidare*.

Las cejas del capitán Yarahud se fruncieron un instante; despues, con la tranquilidad más completa, dijo:

—La *Guidare* no puede fondear mucho tiempo en la bahía de Odessa, y es muy posible que aparezca mañana ó pasado lo más tarde. Si la futura esposa del señor Ahmet quiere hacer la adquisición de algunas de las telas, cuyas muestras parece le han satisfecho, sería necesario aprovechar esta ocasión. Mi bote está ahí, y en algunos instantes podrémos estar á bordo.

—Os damos las gracias, capitán—respondió friamente Amasia—pero no me gusta ocuparme de semejantes cosas en ausencia del Sr. Ahmet. ¡Debia hoy acompañarnos en nuestra visita á la *Guidare*, debia aconsejarnos..... no está aquí, y sin él, ni puedo ni quiero hacer nada!

—Lo siento—respondió Yarahud;—aunque, por otra parte, no dudo que el Sr. Ahmet se hallaria agradablemente sorprendido á su vuelta si hicieseis la adquisición de todas esas telas. ¡Es una ocasión que no volveréis á encontrar y que despues lo sentiréis!

—Es muy posib!., capitán—respondió Nedjeb;—pero en este momento haréis mejor en no insistir sobre ese punto.

—Sea—replicó Yarahud inclinándose;—pero, al ménos, dejadme esperar, que si dentro de algunas semanas los azares de mi navegacion trajeran de nuevo á la *Guidare* á Odessa, no olvidaréis que me habeis prometido visitarla.

—No lo olvidarémos, capitán—respondió Amasia, dando á entender al maltes que podia retirarse.

Yarahud saludó á las dos jóvenes, dió algunos pasos hácia la terraza; despues se detuvo, y como si le hubiera ocurrido una idea repentina, volvió hácia Amasia en el momento en que la joven iba á abandonar la galería.

—Una palabra tan sólo—dijo—ó más bien una proposicion que tiene que agradar á la futura del señor Ahmet.

—¿De qué se trata?—preguntó Amasia, algo impaciente por la obstinacion del capitán maltes en imponerla su presencia y su conversacion en aquellos momentos.

—La casualidad me ha hecho asistir á toda la escena que ha precedido á la partida del Sr. Ahmet.

—¿La casualidad?—respondió Amasia, que empezaba á desconfiar como por un presentimiento.

—¡Sólo la casualidad!—respondió Yarahud.—Yo estaba en mi bote, que habia quedado á vuestra disposicion.....

—¿Cuál es la proposicion que teneis que hacernos, capitán?—preguntó la joven.

—Una muy natural—respondió Yarahud.—He visto que la hija del banquero Selim se ha afectado

bastante por esa brusca partida, y si le agradase volver á ver una vez más al Sr. Ahmet.....

—¡Volverle á ver una vez más!..... ¿qué quereis decir?—respondió Amasia, cuyo corazon latia precipitadamente bajo la idea de aquella proposicion.

—Os quiero decir—repuso Yarahud—que dentro de una hora el carruaje del señor Keraban pasará necesariamente por el pico de aquel pequeño cabo que veis allí.

Amasia se habia adelantado y miraba la ligera curvatura de la costa hácia el sitio indicado por el capitán.

—¿Allí..... allí?.....—dijo.

—Sí.

—Querida señora—exclamó Nedjeb—¡si pudiéramos ir á ese pico!

—Nada más fácil—respondió Yarahud;—en media hora, con buen viento, la *Guidare* puede alcanzar ese pico, y si quereis embarcaros, aparejarémos inmediatamente.

—¡Sí! ¡sí!.....—exclamó Nedjeb, que no veia en este paseo por el mar más que una ocasión para que Amasia viese una vez más á su futuro.

Pero Amasia habia reflexionado. Ante aquella vacilacion, el capitán no pudo contener un movimiento de disgusto. Y á Amasia la pareció que la fisonomía de Yarahud no presagiaba nada en favor suyo. Entónces tuvo desconfianza.

Dejando la balaustrada, sobre la que se habia apoyado para apercibir mejor la prolongacion del litoral, Amasia entró en la galería con Nedjeb, donde la cogió la mano.

—¿Aguardo vuestras órdenes?—dijo el capitán.

—No, capitán—respondió Amasia.—¡Viendo á mi futuro en esas condiciones puedó proporcionarle más pena que alegría!

Yarahud, comprendiendo que era inútil insistir, se retiró tranquilamente. Un instante despues la embarcacion desatraca de la orilla, llevando al capitán maltes y á sus hombres; y despues de un corto espacio de tiempo, llegaba hasta la *Guidare* por el lado de babor.

Las dos jóvenes quedaron solas en la galería durante una hora. Amasia volvió á apoyar sus codos sobre la balaustrada. Miraba obstinadamente hácia aquel punto del litoral señalado por Yarahud, y por donde debia pasar el carruaje del señor Keraban.

Nedjeb observaba tambien la curvatura que se formaba en la costa, cerca de una legua hácia el Este.

Al cabo de una hora, en efecto, la joven zingara exclamó:

—¡Ah! querida señora, ¡mirad! ¡mirad! ¿No distinguís un coche que sigue la costa, allí abajo, en la cumbre del precipicio?

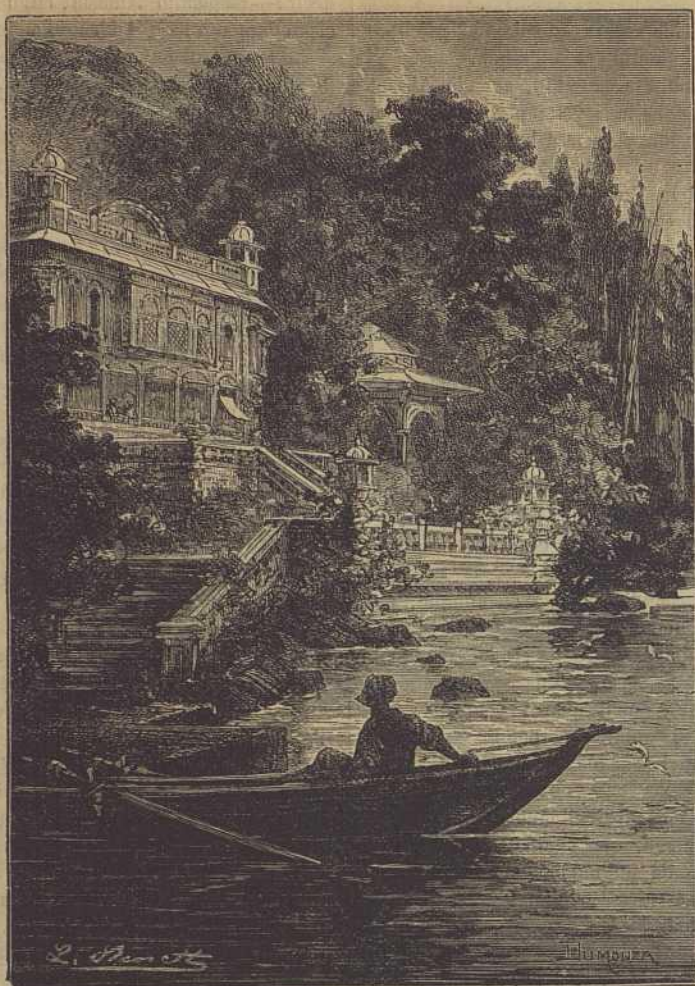
—¡Sí! ¡sí!—respondió Amasia.—¡Son ellos! ¡es él, él!

—¡No puede veros!.....

—¡Qué importa! ¡Me parece que me mira!

—¡No lo dudeis, querida señora!—respondió Nedjeb.—Sus ojos habrán sabido descubrir la posesion entre los árboles, en el fondo de la bahía, y puede que á nosotras.....

—¡Hasta la vista, Ahmet mio, hasta la vista!—



La habitación estaba desierta.

dijo por última vez la joven Amasia, como si aquel adiós hubiese podido llegar hasta su futuro.

Amasia y Nedjeb, cuando el carruaje desapareció en un recodo del camino, en el final de la pendiente del derrumbadero, dejaron la galería y volvieron al interior de la habitación.

Desde el puente de la embarcación, Yarhud las vio retirarse, y dió orden á los hombres de cuarto, que cuando la noche empezase á caer anunciase al momento si las jóvenes volvían á salir á la galería. Entonces, ya que por la astucia no había obtenido resultado, obraría por la fuerza.

Sin duda que con la partida de Ahmet y con la feliz circunstancia de no efectuarse el matrimonio antes de seis semanas, el rapto de la joven no merecía ser ejecutado con precipitación. Pero era necesario contar con la impaciencia del señor Saffar, cuya

entrada en Trebisonda debía estar ya muy próxima. Porque, dadas las incertidumbres de una navegación en el mar Negro, un barco de vela puede experimentar tardanzas de quince ó veinte días. Era necesario, por lo tanto, partir lo más pronto posible, si Yarhud quería llegar en el plazo fijado en su conversación con el intendente Scarpante. No hay duda que Yarhud era un bribón, pero un bribón que hacía honor á sus promesas. De aquí su proyecto de obrar sin perder un solo momento.

Las circunstancias le eran favorables. En efecto, por la noche, antes que su padre volviese de la casa de banca, Amasia entró en la galería. Iba sola esta vez. Sin aguardar á que la noche cerrase, la joven quería volver á ver aquel lejano panorama de pendientes que formaba el horizonte por el Norte. Todo su ser volaba, por decirlo así, en aquella dirección.



Amasia silenciosa y pensativa observando el lejano horizonte.

Volvió, pues, á aquel sitio, y apoyándose en la balaustrada, quedó pensativa, apercibiéndose en sus ojos una de esas miradas que ven hasta lo imposible y que ninguna distancia puede detener.

Pero, perdida en aquellas reflexiones, Amasia no apercibió una embarcación que se destacaba de la *Guidare*, apenas visible en la sombra. No la vió aproximarse sin ruido y detenerse en los primeros escalones que bañaban las aguas de la bahía.

Sin embargo, Yarihud, seguido de tres marineros, se había deslizado á tierra, y se adelantaba arrastrándose por la escalerilla.

La joven, absorbida en su pensamiento, no había visto nada.

Yarihud, arrojándose sobre ella, la cogió con tanta fuerza y de tal manera, que se vió en la imposibilidad de resistirle.

— ¡Á mí! ¡á mí! — pudo exclamar la desgraciada joven.

Sus gritos fueron ahogados; pero habían sido oídos por Nedjeb, que venía á buscar á su señora.

Apenas la joven zingara hubo franqueado la puerta de la galería, dos marineros se arrojaron sobre ella, impidiéndola ningún movimiento ni ningún grito.

— ¡Á bordo! — dijo Yarihud.

Las dos jóvenes fueron depositadas en la embarcación, la que al momento desatracoó para alcanzar á la *Guidare*. Ésta no tenía que hacer sino levar el ancla é izar sus velas para aparejar.

Así se hizo en el momento en que Amasia y Nedjeb fueron encerradas á bordo, en un gabinete de popa, sin poder hacer nada, ni hacer oír sus gritos.

Sin embargo, la embarcación, habiendo cogido buen viento, se inclinaba sobre sus grandes entenas,

queriendo salir de la pequeña ensenada que rodeaba los muros de la posesion del banquero.

Pero por rápido que se hubiese verificado el rapto, habia llamado la atencion de algunos criados, ocupados en los jardines.

Uno de ellos habia oído gritar á Amasia, y en seguida esparció la alarma.

En aquel momento, el banquero Selim entraba en su habitacion. Fué puesto al corriente de lo que acababa de pasar, y con la angustia que es de suponer buscó á su hija..... Pero ésta habia desaparecido.

Sin embargo, al ver á la embarcacion maniobrar para doblar la extremidad Sur de la pequeña ensenada, Selim comprendió todo.

Corrió á traves de los jardines, hácia un pico por donde debía pasar bastante cerca la *Guidare*, con el fin de evitar las últimas rocas del litoral.

— ¡Miserables! — gritaba. — ¡Robais á mi hija! ¡mi hija! ¡Amasia! ¡Deteneos!..... ¡deteneos!.....

Un tiro, que partió del puente de la *Guidare*, fué la única respuesta que obtuvo.

Selim cayó herido por una bala.

Un instante despues, la *Guidare*, á toda vela, y ayudada por la fresca brisa de la noche, habia desaparecido al Este de la habitacion.

XII.

EN EL QUE VAN MITTEN CUENTA UNA HISTORIA DE TULIPANES QUE TAL VEZ INTERESE AL LECTOR.

El carruaje, arrastrado por caballos de refresco, habia abandonado á Odessa hácia la una de la tarde. El señor Keraban ocupaba el lado izquierdo del cupé, Van Mitten el derecho y Ahmet el centro. Bruno y Nizib se habian subido al cabriolé, donde pasaban el tiempo en dormir, pues su conversacion se reducía á alguna que otra palabra.

Un sol bastante vivo alegraba la campiña, y las aguas del mar se destacaban en azul oscuro sobre las parduzcas rocas del litoral.

Los viajeros del cupé comenzaron á poco rato por estar tan silenciosos como los del cabriolé, pues si estos últimos empleaban su tiempo en dormir, los primeros se habian entregado por completo á la reflexion.

El señor Keraban se abstraia por completo en sus sueños de testarudo, y no pensaba más que en la caras que pondrian á su vuelta las autoridades otomanas.

Van Mitten pensaba en aquel imprevisto viaje, y no dejaba de preguntarse, por qué él, ciudadano de las provincias batavias, se habia lanzado á los caminos del litoral del mar Negro, cuando podia estar tranquilamente en el barrio de Pera, en Constantinopla.

Ahmet habia resueltamente tomado su partido respecto á aquel inesperado viaje. Estaba decidido á no economizar la bolsa de su tío, en el caso en que fuera preciso evitar una tardanza cualquiera ó franquear un imprevisto obstáculo, á fuerza de plata. Irian por el camino más corto; pero así y todo procuraria hacerlo ménos largo.

El jóven daba vueltas en su imaginacion á todos esos proyectos, cuando, al volver el pequeño cabo, apercibió en el fondo de la bahía la posesion del banquero Selim. Sus ojos se fijaron en aquel punto (tal vez en el momento en que la vista de Amasia se dirigía hácia allí) y es probable que sus miradas se cruzáran sin haber podido verse.

Despues, dirigiéndose á su tío, Ahmet, resuelto á tocar una cuestion de las más delicadas, le preguntó si habia establecido minuciosamente todos los detalles del itinerario.

— Sí, sobrino — respondió Keraban. — Seguimos, sin abandonarle jamas, el camino que rodea al litoral.

— ¿Y en este momento nos dirigimos á.....

— Á Koblewo, á doce leguas de Odessa, y cuento con llegar esta noche.

— ¿Y una vez en Koblewo? — preguntó Ahmet.....

— Viajaremos toda la noche, con el fin de llegar á Nikolaief mañana al mediodia, despues de haber salvado las diez y ocho leguas que separan esta ciudad de la pequeña villa.

— Muy bien, tío Keraban; se trata de ir muy de prisa, y en efecto..... Pero una vez en Nikolaief, ¿no pensaréis en llegar en algunos días solamente á los distritos del Cáucaso?

— ¿Y cómo?

— Usando los caminos de hierro de la Rusia meridional, que, por Alexandroff y Rostow, nos permitirán efectuar un buen trozo de nuestro viaje.

— ¡Los caminos de hierro! — exclamó Keraban.

En aquel momento Van Mitten tocó ligeramente con el codo á su jóven compañero, y le dijo en voz baja:

— ¡Inútil, discusion inútil!..... ¡Horror á los caminos de hierro!

Ahmet sabia las ideas de su tío respecto á aquellos medios de locomocion tan modernos para uno de los fieles de los antiguos turcos; pero en aquellas circunstancias le parecia que el señor Keraban podria, por una sola vez, desistir de sus deplorables preveniciones.

¡Pero ceder, siquiera fuese un solo instante, en una cuestion cualquiera!..... Keraban ya no hubiese sido Keraban.

— ¿Creo que estás hablando de caminos de hierro?..... — dijo.

— Sin duda, tío.

— ¿Quieres que yo, Keraban, consienta en hacer lo que no he hecho todavía?

— Me parece que.....

— ¿Quieres que yo, Keraban, me haga estúpida-mente trasportar por una máquina de vapor?

— Cuando vos sepais.....

— Ahmet, es evidente que no has reflexionado en lo que has tenido el valor de proponerme.

— ¡Pero, tío!.....

— Digo que no reflexionas, puesto que te permites formular esa proposicion.

— Os aseguro, tío, que en los wagones.....

— ¿Wagones?..... — dijo Keraban repitiendo aquella palabra de procedencia extranjera con una entonacion difícil de explicar.

—Sí..... los wagones que se arrastran sobre los carriles.....

—¿Carriles?.....—dijo Keraban.—¿Qué son esas horribles palabras, y en qué lenguaje hablamos?

—El lenguaje de los viajeros modernos.

—Dí, sobrino mío—respondió el testarudo Keraban animándose más;—¿acaso tengo yo algo de viajero moderno que consienta alguna vez en subir á un wagon, haciéndome arrastrar por una máquina? ¿Tengo yo necesidad de deslizarme sobre carriles, pudiendo rodar mi carruaje por un camino cualquiera?

—Cuando se tiene prisa, tío.....

—Ahmet, obsérvame mejor y no hables de eso: si no hubiera carruajes, iría en carreta; y si no hubiera carretas, iría á caballo; si no hubiera caballos, iría en asno, y de no haber asnos iría á pié; y si no, de rodillas; y si no, iría.....

—¡Amigo Keraban, deteneos, por Dios!—exclamó Van Mitten.

—¡Iria sobre el vientre!—replicó el señor Keraban.—¡Sí, sobre el vientre!

Y cogiendo por los brazos á Ahmet, le dijo:

—¿Has oído tú alguna vez decir que Mahoma tomase el camino de hierro para ir á la Meca?

Á este último argumento, no había evidentemente nada que responder. Así es que Ahmet, que hubiera podido replicar, que, si hubiese habido entónces caminos de hierro, Mahoma los hubiera preferido, se tuvo que callar, mientras que el señor Keraban continuaba refunfuñando en su rincón, desnaturalizando á su gusto todas las palabras de la jerga ferro-carri-lana.

Sin embargo, si el carruaje no pretendía luchar en rapidez con un exprés, por lo ménos marchaba bien. El tiro, sobre un piso bastante bueno, marchaba al trote largo, y no había por qué quejarse. Los caballos no faltaban en los relevos. Ahmet, que se había encargado de todos los gastos (su tío había voluntariamente consentido), pagaba los ajustes y daba propina á los postillones con una generosidad imperial. Los billetes salían de su bolsillo, y podía decirse que era un caballero sembrando rublos á su paso.

Tan de prisa se hizo marchar al vehículo, que el mismo día el carruaje, rodeando el litoral, pasó por los pueblos de Schumirka, Alexandrowka, y hacia el anoecer llegó á Koblewo.

Desde allí, durante la noche, subiendo hacia el interior de la provincia, y haciendo por atravesar el Bug, á la altura de Nikolaief, á través del gobierno de Kherson, los viajeros llegaron fácilmente á aquella ciudad, hacia el mediodía del 28 de Agosto.

Tres horas se detuvo el carruaje delante de un regular hotel, donde les sirvieron una no ménos regular comida, á la que Bruno hizo honor. Ahmet aprovechó aquella parada para escribir al banquero Selim, diciéndole que el viaje se hacía en condiciones aceptables, añadiendo muchos recuerdos para Amasia. El señor Keraban no creyó pasar mejor aquellas horas, sino prolongando los postres entre las suaves absorciones del moka, y las olorosas aspiraciones de su narghilé.

En cuanto á Van Mitten, de acuerdo con Bruno en

que era necesario que aquel singular viaje les sirviese de instruccion, fueron á visitar la ciudad de Nikolaief, cuya prosperidad aumenta visiblemente á expensas de su rival Kerson, amenazando en sustituir su nombre por el de ésta en la apelacion geográfica del Gobierno.

Ahmet fué el primero que dió la orden de partir.

El holandés no se hizo esperar. El señor Keraban dió la última fumada de su narghilé en el momento en que el postillon montaba, y el carruaje volvió á tomar el camino que desciende hacia Kerson.

Habia que recorrer diez y siete leguas de un país poco fértil. Á un lado y otro del camino se veían algunas moreras y no pocos álamos y sauces. En las aproximaciones del Dnieper, cuyo curso, de cerca de cuatrocientas leguas, termina en Kerson, se extienden largas filas de cañaverales que parecían salpicados de grajos; pero, asustados, volaban al ruido del carruaje; eran azulados, y su gorjeo desagradaba tanto á los oídos como agradaban á la vista sus resplandecientes colores.

El 29 de Agosto, al despuntar el alba, el señor Keraban y sus compañeros, despues de una noche sin incidentes, llegaban á Kerson, cabeza de partido del Gobierno, cuya fundacion es debida á Potenskin. Los viajeros no pudieron sino felicitarse de aquella creacion del favorito de Catalina II. Allí, en efecto, encontraron un buen hotel, en el cual se detuvieron algunas horas, y almacenes suficientemente abastecidos para provisionar las reservas comestibles del carruaje (en lo que Bruno, más resuelto que Nizib, se desquitó maravillosamente).

Algunas horas más tarde llegaban al importante pueblo de Alescki y se dirigian, descendiendo, hacia el istmo de Perekop, que se une á la Crimea en el litoral de la Rusia Meridional.

Ahmet no había olvidado en dirigir á Odessa una carta desde el pueblo de Alescki. Cuando tomaron sus respectivos sitios en el carruaje, éste se lanzó directamente por el camino de Perekop, y el señor Keraban preguntó á su sobrino si había tenido la atencion de mandar sus mejores *allahs*, al mismo tiempo que los suyos, á su amigo Selim.

—Sin duda no lo he olvidado, tío—respondió Ahmet—y he añadido que hacíamos todas las diligencias posibles para llegar á Scutari lo más pronto posible.

—Has hecho muy bien, sobrino, y es necesario no olvidar darle noticias nuestras siempre que tengamos una administracion de correos á nuestra disposicion.

—Desgraciadamente, como no sabemos de antemano dónde nos detendrémos—dijo Ahmet—nuestras cartas quedarán siempre sin respuesta.

—En efecto—añadió Van Mitten.

—Pero, á propósito—dijo Keraban dirigiéndose á su amigo de Rotterdam;—me parece que no os apresurais á escribir á la señora Van Mitten. ¿Qué pensará esa excelente señora de vuestro olvido hacia ella?

—¿La señora Van Mitten?.....—respondió el Holandés.

—Sí.

—La señora Van Mitten es de fijo una perfecta



—¡Á bordo!—dijo Yarhud.

señora. Como mujer no he tenido todavía una sola queja que dirigirla, pero como compañera de mi vida..... Pero, amigo Keraban, ¿por qué hablamos de la señora Van Mitten?

—¿Cómo que por qué? Pues porque recuerdo que era una excelente señora.

—¡Ah!—dijo Van Mitten, como si le dijese una cosa nueva para él.

—¿No te he hablado de ella en los mejores términos, sobrino Ahmet, cuando volví de Rotterdam?

—Verdad, tío.

—Y durante mi viaje, ¿no he estado particularmente encantado de la acogida que me hizo?

—¡Ah!—repitió Van Mitten.

—Sin embargo—repuso Keraban—convengo en que también tenía algunas singulares ideas, caprichos..... vapores..... Pero eso es inherente al carácter

de las mujeres, y si no se las tolera esas nimiedades, más vale no casarse nunca. Precisamente es lo que yo hago.

—Y haceis bien—respondió Van Mitten.

—¿La gustan los tulipanes apasionadamente como verdadera holandesa?—preguntó Keraban.

—Apasionadamente.

—¡Vamos, Van Mitten, hablemos con franqueza! ¿Os encuentro algo frío hacia vuestra mujer!

—¡Frio sería una expresión muy caliente para lo que yo experimento hacia ella!

—¿Qué decís?.....—exclamó Keraban.

—Digo—respondió el holandés—que yo no os hubiera hablado jamás de la señora Van Mitten; pero, puesto que me habláis de ella, y la ocasión se presenta, os voy á hacer una confesion.

—¿Una confesion?



Selim cayó herido por una bala.

—¡Sí, amigo Keraban! La señora Van Mitten y yo estamos en la actualidad separados.

—¿Separados—exclamó Keraban—de comun acuerdo?

—De comun acuerdo.

—¿Y para siempre?

—Para siempre.

—Contadme eso, á no ser que la emocion....

—¿La emocion?—respondió el holandés;—¿y por qué quereis que tenga yo emocion?

—¡Vamos, hablad, hablad, Van Mitten!—repuso Keraban. En mi calidad de turco me gustan las historias, y como soltero me gustan las historias matrimoniales.

—Pues bien, amigo Keraban—repuso el holandés con el tono del que cuenta las aventuras de otro;—desde hace algunos años la vida era intolerable entre

la señora Van Mitten y yo. Discusiones incesantes sobre todas las cosas, á la hora de levantarse, al acostarse, al desayuno; sobre lo que se comería, sobre lo que no se comería; sobre lo que se bebería y no se bebería; sobre el tiempo que hacía, el que iba á hacer y el que habia hecho; sobre si los muebles se colocarían aquí ó se colocarían allí; sobre el fuego que era necesario encender en una habitación más que en otra; sobre si convenia abrir la ventana y convenia cerrar la puerta; sobre las plantas que se sembrarían en el jardín ó las que se arrancarían; en fin...

—¡En fin, eso marchaba bien!—dijo Keraban.

—Como veis, y aún así iba empeorando; en el fondo soy de un temperamento dulce y de temperamento dócil, y yo cedía, sobre todo, por no armar cuestion.

— ¡Era lo más acertado! — dijo Ahmet.

— Era, por el contrario, lo ménos acertado — respondió Keraban, dispuesto á sostener una discusion sobre aquel motivo.

— Yo no sé nada — respondió el holandés; — pero, fuera como fuese, el caso es que en nuestra última disputa quise resistir..... ¡He resistido, sí, he resistido como un verdadero Keraban!

— ¡Por Allah! ¡Eso no es posible! — exclamó el tío de Ahmet, que se conocia muy bien.

— ¡Más que un Keraban! — añadió Van Mitten.

— ¡Mahoma me proteja! — respondió Keraban.

— ¡Pretender que sois más testaturado que yo!....

— ¡Es evidentemente poco probable! — respondió Ahmet con un acento de conviccion tal, que llegó hasta el corazon de su tío.

— Vais á verlo — respondió tranquilamente Van Mitten — y.....

— No verémos nada — exclamó Keraban.

— ¿Quereis oirme hasta el final? Fué á propósito de los tulipanes la discusion que se entabló entre la señora Van Mitten y yo, de esos bellos tulipanes que cuentan con un número infinito de admiradores, de los llamados *Genners*, que suben derechos por el tronco, y de los que hay más de cien variadas especies. ¡No me costaba ménos de mil florines la cebolla!....

— ¡Ocho mil piastras! — dijo Keraban, habituado á contar en moneda turca.

— ¡Sí, cerca de ocho mil piastras! — respondió el holandés. — ¡Pues hé aquí que la señora Van Mitten se obstina un día en arrancar un *tulipan de Valencia* para sustituirle por un *girasol*! ¡Aquello pasaba ya de los limites! Yo me opongo..... ¡Ella se empeña..... ¡Quiero detenerla..... y se escapa!..... Se precipita sobre el de Valencia..... Le arranca.....

— Coste, ¡ocho mil piastras! — dijo Keraban.

— ¡Entonces me arrojo sobre su *girasol*, y le rompo!

— Coste, ¡diez y seis mil piastras! — dijo Keraban.

— Ella se lanza sobre un segundo tulipan..... — dijo Van Mitten.

— Coste, ¡veinticuatro mil piastras! — respondió Keraban, como si estuviese pasando las cuentas de su libro de caja.

— ¡Yo la rompo otro *girasol*!....

— Coste, treinta y dos mil piastras.

— Y entonces la batalla estalla — repuso Van Mitten. — La señora Van Mitten no es dueña de sus actos. Y recibo dos magnificas *cebollas*, de las más grandes, en la cabeza.....

— Coste, ¡cuarenta mil piastras!

— ¡Ella recibe otros tres en pleno pecho!....

— Coste, ¡sesenta mil piastras!

— ¡Era una verdadera lluvia de cebollas de tulipanes, como no se ha visto jamas! ¡Aquello duró media hora! ¡Todo el jardin se habia estropeado!.... Y despues del jardin el invernadero!.... ¡No quedaba nada de mi coleccion!

— Y finalmente, ¿os ha costado?..... — preguntó Keraban.

— Cerca de veinticinco mil florines.

— ¡Doscientas mil piastras! (1) — dijo Keraban.

— ¡Pero yo no me he rendido!

— ¡Ya valia la pena!

— Y despues — repuso Van Mitten — he partido no sin haber dado órdenes para dividir mi parte de fortuna y enviarla al Banco de Constantinopla. Despues he huido de Rotterdam con mi fiel Bruno, decidido á no entrar en mi casa hasta que la señora Van Mitten la abandone..... para ir á un mundo mejor.....

— ¡Ó no arranque tulipanes! — dijo Ahmet.

— Y bien, amigo Keraban — repuso Van Mitten — ¿habeis tenido muchas terquedades que os hayan costado doscientas mil piastras?

— ¿Yo? — respondió Keraban, ligeramente picado de la observacion de su amigo.

— ¡Verdaderamente — dijo Ahmet — que mi tío las ha tenido, y por mi parte conozco una!

— ¿Cuál? — preguntó el holandés.

— ¡Esta terquedad que le obliga, por no pagar diez paras, á dar la vuelta al mar Negro, le costará mucho más caro que el acontecimiento de vuestros tulipanes!

— ¡Costará lo que costará! — respondió el señor Keraban con un tono seco — ¡pero encuentro que mi amigo Van Mitten no ha pagado su libertad muy cara! ¡Hé ahí lo que es no tener más que una mujer! ¡Mahoma conocia bien á ese sexo encantador cuando permitia á sus adeptos tener tantas como quisiesen.

— ¡Cierto! — respondió Van Mitten. — ¡Creo que diez mujeres se gobiernan mejor que una sola!

— Lo que más fácil es todavia — añadió Keraban — respecto á moralidad, es no tener ninguna mujer.

Despues de esta última observacion la conversacion no siguió su curso.

El carruaje llegaba entonces á una casa de postas. Se relevó y anduvieron toda la noche. A la mañana siguiente, hácia el mediodia, los viajeros, bastante fatigados, pero á instancias de Ahmet, decididos á no perder una hora, despues de haber pasado por Bolschi-Kopani y Kolantschak, llegaban á la provincia de Perekop, en el fondo del golfo de su nombre, en la confluencia misma del istmo que une á la Crimea con la Rusia Meridional.

XIII.

EN EL QUE ATRAVIESAN OBLICUAMENTE LA ANTIGUA TAURIDA, Y SE DA Á CONOCER EL GÉNERO DE ANIMALES QUE ARRASTRAN EL CARRUAJE.

¡La Crimea! ¡El Quersoneso táurico de los antiguos, un cuadrilátero ó, mejor dicho, un rombo irregular, que parece haber sido arrancado de las más encantadoras campiñas de Italia; una península de la que Fernando de Lesseps haria una isla de dos tajos de cortaplumas; un rincon de tierra que fué el objetivo de todos los pueblos, envidiosos en disputarse el Imperio de Oriente; un antiguo reino del Bósforo, sometido sucesivamente por los Heráclios, seiscientos años ántes de la Era Cristiana; despues por Mitrídates, los alanos, los godos, los hunnos, los húngaros,

(1) Cerca de 50.000 francos.

los tártaros y los genoveses; una provincia, en fin, de la que Mahomet II hizo una rica dependencia de su Imperio, y que Catalina II unió definitivamente á la Rusia en 1791!

¿Cómo aquella comarca, bendita por los dioses y disputada por los mortales, habria podido escapar al enlace de las leyendas mitológicas? ¿No se ha pretendido volver á ver en los pantanos de Sivach huellas de los gigantes trabajos de aquel problemático pueblo de los Atlantes? ¿Los poetas de la antigüedad no han colocado la entrada de los Infernos cerca del cabo Kerberian, cuyas tres moles simulaban el canchero de tres cabezas? ¿Ifigenia, la hija de Agamenon y de Clytemnestra, que llegó á ser sacerdotisa de Diana, en Taurida, no fué con el fin de inmolar á la casta diosa su hermano Orestes, arrojado al aire en las riberas del cabo Parthenium?

Y sin embargo, la Crimea, en su parte meridional, que vale más ella sola que todas las áridas islas del archipiélago, con el Tchadir-Dagh, que muestra á quinientos metros de altura su meseta, en la que se podria organizar un festin para todos los dioses del Olimpo; sus anfiteatros de bosques, cuyo manto de verdura se extiende hasta el mar; sus manojos de castaños salvajes, cipreses, olivos, árboles de Judea, almendros; sus cascadas cantadas por Pouschkine, ¿no es el más bello panorama de aquella corona de provincias, que se extiende desde el mar Negro al mar Ártico? ¿No es bajo su clima vivificador y templado donde los rusos del Norte, como los rusos del Sur, van á buscar, los unos refugio contra los rigores del invierno hiperboreal, los otros un abrigo contra las calurosas brisas del verano? ¿No es allí, al rededor del cabo Aia, frontal del ariete, sobre el que se estrellan las olas del Puente Euxino, en la extremidad sur de la Taurida, donde se han fundado colonias de palacios, casas de campo, granjas; Yalta, Aloupka, que pertenecen al príncipe Woronsow, mansion feudal por el exterior, sueño de una imaginación oriental en el interior; Kisil-Tasch, que pertenece al conde Poniatowski; Artek, al príncipe André Galitzine; Marsanda, Orcanda, Eriklik, propiedades imperiales; Livadia, admirable palacio, con sus caprichosas fuentes, sus bonitos torrentes, sus jardines de invierno, retiro favorable de la Emperatriz de todas las Rusias?

Ademas, el espíritu más curioso, más sentimental, más artista, el más romántico, encontraría donde satisfacer sus aspiraciones en aquel rincón de tierra, verdadero microcosmo en el que Europa y Asia se dan cita. Allí se reúnen pueblos tártaros, pequeñas provincias griegas, ciudades orientales con mezquitas y minaretes, y dervis, monasterios del rito ruso, serallos de khaus, tebaidas donde han llegado á efectuarse algunas románticas aventuras, lugares santos desde donde irradian las peregrinaciones; una montaña judía que pertenece á la tribu de los Karaïtes, un valle de Josafat, cavado como una sucursal del célebre valle del Cedron, donde millares de justicieros deben reunirse al són de las trompetas del juicio final.

¡Cuántas maravillas hubiera ido á visitar Van Mitten! ¡Cuántas impresiones que anotar en aquel país,

á donde le llevaba su extraño destino! Pero su amigo Keraban no viajaba para ver, y Ahmet que, por otra parte, conocia todos aquellos esplendores de la Crimea, no le hubiera concedido ni una sola hora para tomar unos cuantos detalles.

—Pueda ser que, despues de todo — se decia Van Mitten — me sea posible, al pasar, recoger una ligera impresion del antiguo Quersoneso, tan justamente alabado.

No debia ser así. El carruaje se dirigia por el camino más corto, siguiendo una línea oblicua del Norte al Sudoeste, sin tocar ni en el interior ni en la costa meridional de la antigua Taurida.

En efecto, el itinerario, tal como se siguió, habia sido decidido en un consejo, en el que el holandés no habia tomado parte. Si, atravesando la Crimea, se economizaba la vuelta al mar de Azof (que habria aumentado ciento cincuenta leguas, lo ménos, aquel circular viaje), se ganaba todavia una parte de trayecto, cortando en línea recta á Perekop hasta la península de Kertsch. Despues, por el otro lado del estrecho de Yenikalé, la península de Taman ofreceria un regular trayecto hasta el litoral caucásico.

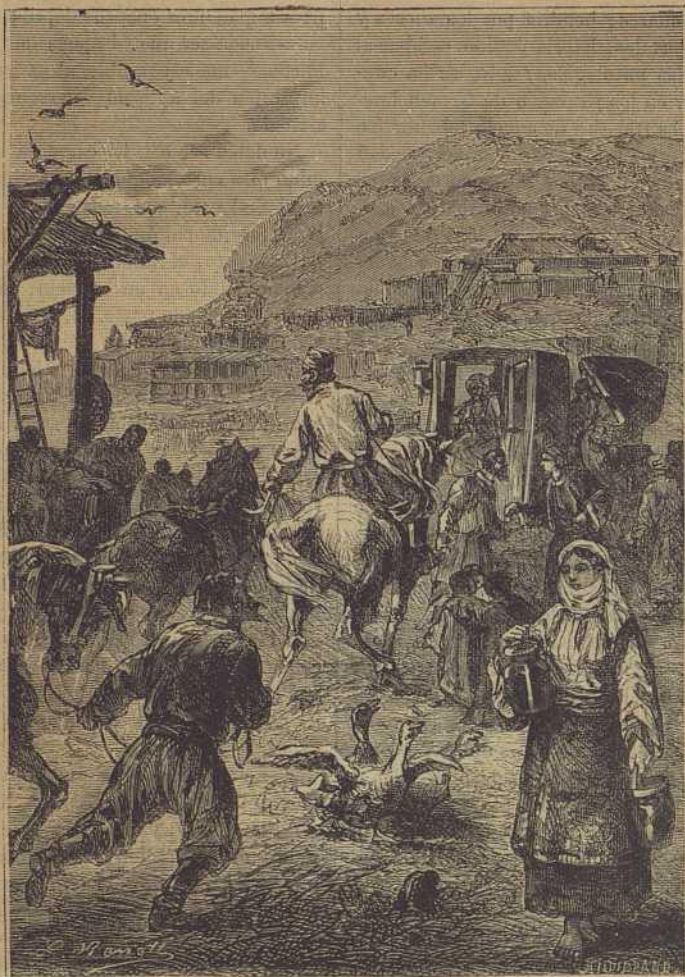
El carruaje se deslizó sobre el estrecho istmo, de donde pende la Crimea como una magnífica naranja de una rama del naranjo. Á un lado se encuentra la bahía de Perekop; al otro, los pantanos de Sivach, más conocido con el nombre de mar Pútrido, vasto estanque de dos mil metros cuadrados, alimentado por las aguas de la Taurida y por las aguas del mar de Azof, á los que el surco de Ghénitché sirve de canal.

Al pasar los viajeros pudieron observar al Sivach, que no tiene más que un metro de profundidad como término medio, y cuyo grado de salazon está casi á punto de saturacion en algunos sitios. Y como en aquellas condiciones la sal cristalizada empieza á depositarse naturalmente, se podria hacer de aquel mar Pútrido una de las más productivas salinas del globo.

Es necesario decir que al recorrer el Sivach no es nada agradable al olfato. La atmósfera se mezcla con cierta cantidad de ácido sulfúrico, y los pescados que penetran en aquel lago encuentran en seguida la muerte. Este lago es equivalente al de Asphaltite en la Palestina.

En medio de aquellos pantanos se destaca el ferrocarril, que desciende desde Alexandroff á Sebastopol. Así es que el Sr. Keraban pudo oír con horror los ensordecedores silbidos que lanzaban, durante la noche, las ruidosas locomotoras, corriendo sobre los rails, que lamen á veces las cenagosas y pesadas aguas del mar Pútrido.

Á la mañana siguiente, 31 de Agosto, durante el trayecto, el camino se desenvolvió en medio de una verde campiña, sobre la que se destacaban verdaderos ramilletes de olivos, cuyas hojas, volviéndose al impulso de la brisa, parecian moverse como impulsadas por una lluvia de azogue; cipreses de un verde que se aproximaba á negro, magníficos robles, y árboles de grandes dimensiones. Sobre todo, á los lados, se encontraban dos líneas de cepas que producen, sin ninguna inferioridad, tanto vino como algunas viñas de Francia.



Los caballos no faltaban en los relevos.

Sin embargo, bajo las instigaciones de Ahmet, y gracias á los puñados de rublos que prodigaba, los caballos estaban siempre dispuestos á engancharse al carruaje, y los postillones, estimulados de la misma manera, se dirigían por el camino más corto. Por la tarde habían pasado al pueblo de Dorte, y algunas leguas más allá volvieron á encontrar las orillas del mar Pútrido.

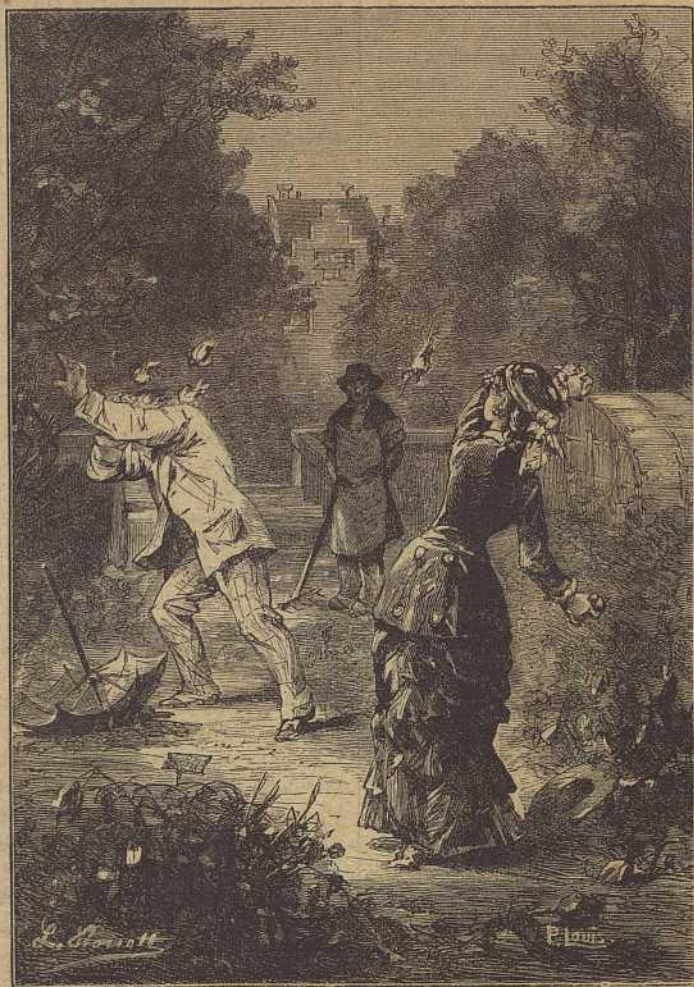
Por aquel sitio la curiosa laguna no se separa del mar de Azof más que por una lengua de tierra poco elevada, formada por un monton de conchas y moluscos, cuya extension puede ser evaluada á un cuarto de tierra.

Aquella lengua se llama la flecha de Ambat. Se extiende desde la provincia de su nombre, al Sur, hasta Ghénitché, al Norte (en tierra firme), cortada solamente en aquel sitio por una abertura de trescientos

pies, por el cual penetran las aguas del mar de Azof, como más arriba dijimos.

Al despuntar el día, el Sr. Keraban y sus compañeros se vieron rodeados de húmedos vapores, densos, malsanos, que se disiparon lentamente bajo la accion de los rayos solares.

La campiña estaba ménos poblada de árboles, y, por lo tanto, más desierta. Veíanse pacer en libertad inmensos dromedarios, lo que hacía parecer aquella comarca á un desierto árabe. Las carretas que pasaban, construidas de madera, sin un solo trozo de hierro, ensordecían el aire al rechinar sobre sus ejes untados de grasa. Todo aquel aspecto era bastante primitivo; pero en las casas de los pueblos y en sus aislados cortijos se encuentra todavía la generosidad y la hospitalidad tártara. Cualquiera puede entrar, sentarse á la mesa del dueño, atacar á



Era una verdadera lluvia de cebollas de tulipanes.

todos los platos que incesantemente se sirven, comer con todo el apetito que se tenga, y beber á su gusto, é irse tranquilamente, dando por toda retribucion un simple « Gracias ».

No por esto los viajeros abusaron jamas de la sencillez de aquellas antiguas costumbres, que no tardarán en desaparecer.

Por la noche el carruaje, cuyos caballos estaban extenuados por un largo trayecto, se detuvo en el pueblo de Arabat, en la extremidad Sur de la flecha.

Allí se eleva una fortaleza, al pié de la cual las casas se levantan revueltamente. En resumidas cuentas no habia más que manojos de hierbas aromáticas, que son verdaderos nidos de culebras, y campos de sandias, cuya recoleccion es en extremo abundante.

Eran las nueve de la noche cuando el carruaje se

detuvo delante de una posada de bastante mezquina apariencia. Pero es necesario convenir que era la mejor del pueblo. En aquellas perdidas regiones del Quersoneso no convenia mostrarse muy delicado.

— Sobrino Ahmet — dijo el Sr. Keraban — ya hace muchas noches y muchos días que corremos sin detenernos en otra parte que en los relevos de postas. No me disgustaria extenderme algunas horas en una cama, aunque fuese de una posada.

— Y á mí me agradaria mucho — añadió Van Mitten, irguiéndose orgullosamente.

— ¡Cómo, perder doce horas! — exclamó Ahmet. — ¡Doce horas en un viaje de seis semanas!

— ¿Quieres que entablemos una discusion sobre ese punto? — preguntó Keraban con aquel tono algo agresivo que le caracterizaba.

— ¡No, tío, no! — respondió Ahmet. — Desde el momento en que teneis necesidad de reposo....

— ¡Si! tengo necesidad, lo mismo que Van Mitten, y Bruno supongo, y aún Nizib, que no pedirá nada menos!

— Señor Keraban — respondió Bruno directamente interpelado — yo admiro esa idea como una de las mejores que vos habeis tenido, sobre todo si una buena comida nos prepara un buen sueño.

La observacion de Bruno venia muy á propósito. Las provisiones del carruaje estaban casi agotadas. Lo que quedaba en los cofres importaba no tocarlo ántes de haber llegado á Kertsch, ciudad importante de la península de su nombre, donde podian ser abundantemente renovadas.

Desgraciadamente, si las camas de la posada de Arabat eran poco convenientes, aún para los viajeros de su importancia, la reposteria dejaba aún más que desear. No son muchos los viajeros que en cualquier época del año se aventuran en los confines de la Taurida. Algunos que otros negociantes de salinas, cuyos caballos y carretas frecuentan el camino de Kertsch á Perekop, tales son los principales parroquianos de la posada de Arabat, gentes poco delicadas, que saben dormir en el suelo y comer lo que se encuentra.

El Sr. Keraban y sus compañeros debieron contentarse con una mezquina colacion, á saber: un plato de *pilaw*, que es el manjar nacional, pero con más arroz que pollo, y con más escualidos huesos que con blancos alones. Por otra parte, aquel volátil era viejo, y por demas duro, que resistió hasta el mismo Keraban; pero los sólidos molares de aquel testarudo personaje dieron cuenta del coriáceo pollo y en aquella ocasion no cedió más que de costumbre.

Á aquel plato reglamentario sucedió una verdadera cazuela de *yaourt* ó leche cuajada, que vino muy á propósito para facilitar la deglucion del *pilaw*; despues trajeron galletas, bastante apetitosas, conocidas en el país con el nombre de *katlamas*.

Bruno y Nizib fueron peor servidos ó no les alcanzó tan buen reparto. Lo cierto es que sus mandíbulas no hubieran tenido inconveniente en destroz ar un pollo, pero no se les presentó ocasion de hacerlo. El *pilaw* fué sustituido en su mesa por una especie de sustancia negruzca, ahumada como una placa de chimenea que hubiese permanecido largo tiempo en el fondo del hogar.

— ¿Qué es esto? — preguntó Bruno.

— No sabria decirlo — replicó Nizib.

— ¿Cómo, vos que sois del país?.....

— Yo no soy del país.

— ¡Muy cerca, puesto que sois turco! — respondió Bruno. — Pues bien, camarada, probad un poco de esta desecada suela, y me diréis á lo que sabe.

Nizib, dócil como siempre, mordió con fuerza en el pedazo de dicha suela.

— ¿Y bien?..... — preguntó Bruno.

— ¡Y bien, ciertamente no es bueno, pero se deja comer lo mismo!

— Sí, Nizib, especialmente cuando uno se muere de hambre, y no hay otra cosa que ponerse entre los dientes.

Y Bruno probó á su vez, decidido por no adelgazar, á aventurar el todo por el todo.

En suma, aquello podia pasar, ayudado por algunos vasos de una especie de cerveza alcoholizada, y así lo hicieron los dos convidados.

Pero repentinamente Nizib exclamó

— ¡Ah! ¡Allah me ayude!

— ¿Qué os pasa, Nizib?

— ¿Si lo que yo he comido era de puerco?.....

— ¡De puerco! — replicó Bruno. ¡Ah, es justo eso, Nizib! Un buen musulmán como vos no puede alimentarse de ese excelente pero inmundo animal. Pues bien, me parece que si esta sustancia desconocida es de puerco, no teneis más que hacer una cosa.

— ¿Cuál?

— Digerirla tranquilamente, puesto que ya la habeis comido.

No por esto dejaba de inquietarse Nizib, gran observador de las leyes del profeta, y como él sentia que tenía la conciencia profundamente turbada, Bruno creyó deber informarse acerca de lo que se componia aquella sustancia.

Nizib entónces se convenció y dejó efectuar la digestion sin ningun remordimiento. Aquello no era tampoco carne, era pescado, el *shebac*, una especie que se divide en dos como el bacalao, que se seca al sol, y se le cura suspendiéndole encima del hogar; que se come crudo ó poco ménos, y del que se hace una exportacion considerable para todo el litoral de Rostow, situado en el interior de la extremidad Norte del mar de Azof.

Señores y criados debieron contentarse con aquella mezquina comida de la posada de Arabat. Las camas les parecieron más duras que los asientos del carruaje; pero sin embargo, no estaban sometidos á los vaivenes y sacudidas de un camino, no se movian, y por lo tanto, el sueño que conciliaron en sus poco confortables lechos, fué suficiente para reponerles de sus precedentes fatigas.

Á la mañana siguiente, 2 de Setiembre, desde que despuntó el día, Ahmet se hallaba ya en pié, ocupándose en buscar la casa de postas para relevar los caballos. El tiro de la vispera que habia marchado por una estepa larga y muy desigual, no hubiera podido ponerse en camino sin tener, por lo ménos, veinticuatro horas de descanso. Ahmet contaba con llevar el carruaje y los caballos de refresco á la posada, con el fin de que su tío y Van Mitten no tuviesen más que montar para seguir el camino de la península de Keritch.

La casa de postas se encontraba allí en la extremidad del pueblo; adornaban su techo extrañas vigas, casi semejantes en su forma al mástil de un violon, en cuanto á los caballos de refresco, no habia ni aún rastro de ellos. La cuadra se hallaba vacía, y aún á precio de oro el dueño no la hubiera podido proveer de ellos. Ahmet, muy desalentado á causa de aquel contratiempo, volvió á la posada. El señor Keraban, Van Mitten, Bruno y Nizib, dispuestos ya á partir aguardaban á que el carruaje llegase. Entónces uno de ellos (inútil es decirlo) empezaba á dar visibles señales de impaciencia.

— ¿Y bien, Ahmet — exclamó — vuelves solo? ¿Es

necesario que vayamos á buscar el carruaje al relevo?

—Sería desgraciadamente inútil, tío — respondió Ahmet. — No hay ni un solo caballo.

—¿No hay caballos?.....—dijo Keraban.

—Y hasta mañana no los podremos tener.

—¿Mañana?.....

—¡Sí; son veinticuatro horas las que perderemos!

—¡Veinticuatro horas que perder! — exclamó Keraban — yo espero no perder ni diez, ni cinco, ni una.

—Sin embargo — observó el holandés á su amigo, que ya empezaba á alborotarse — ¿si no hay caballos?.....

—Habrá — respondió el señor Keraban.

Y á una señal todos le siguieron.

Un cuarto de hora más tarde llegaban al relevo y se detenían á su puerta.

El dueño se hallaba en el dintel, con la negligente actitud de un hombre que sabe perfectamente que no se le podrá obligar á dar lo que no tiene.

—¿No teneis caballos? — preguntó Keraban con un tono algo duro.

—No tengo más que los que me habeis traído ayer tarde y esos no pueden partir.

—¿Y por qué no teneis caballos de relevo en vuestras cuadras?

—Porque han sido alquilados por un señor turco, que va á Kertsch, desde donde debe partir para Poti despues de haber atravesado el Cáucaso.

—¡Un señor turco — exclamó Keraban! — ¡Uno de esos otomanos á la moda europea, sin duda! ¡Verdaderamente, no se contentan con molestar en las calles de Constantinopla, que todavía se les encuentra en los caminos de la Crimea!

—¿Y quién es?

—Solamente se que se nombra el señor Saffar — respondió tranquilamente el maestro de postas.

—¿Y quién os ha dado permiso para entregar los caballos que os quedaban á ese señor Saffar? — preguntó Keraban, con el acento del más perfecto desprecio.

—Porque ese viajero ha llegado al relevo ayer mañana, doce horas ántes que vos, y puesto que los caballos estaban disponibles, no tenia ningun motivo para rehusárselos.

—¡Había, por el contrario!.....

—¿Cual era el qué había?..... — repitió el maestro de postas.

—Sin duda, puesto que yo debía llegar.....

¿Qué podía responderse á las argumentaciones de aquel obcecado carácter? Van Mitten quiso intervenir; pero su amigo le rechazó bruscamente. Respecto al maestro de postas, despues de haber mirado al señor Keraban con un aire burlon, iba á entrar en su casa, cuando éste le detuvo, diciéndole:

—Poco importa, despues de todo, que tengais caballos ó no, es necesario que partamos al instante.

—¿Al instante?..... — respondió el maestro de postas. — Os repito que no tengo caballos.

—Buscadlos.

—No los hay en Arabat.

—Buscad dos, buscad uno — respondió Keraban,

que empezaba á no ser dueño de sí mismo — buscad la mitad de uno..... pero buscadlo.

—Sin embargo, si no hay..... — repitió dulcemente el conciliador Van Mitten.

—Es necesario que haya.

—¿Nos podréis procurar un par de mulas ó mulos? — preguntó Ahmet al maestro de postas.

—Bueno. Sea; mulas ó mulos — añadió el señor Keraban. — Con eso nos contentaremos.

—No he visto nunca ni mulas ni mulos en la provincia — respondió el maestro de postas.

—¡Ah! lo que es hoy — murmuró Bruno al oído de su señor, señalando á Keraban — ha encontrado un digno adversario.

—¿Pues entónces, asnos?..... — dijo Ahmet.

—¡No hay tampoco asnos!

—¿Qué no hay asnos? — exclamó el señor Keraban. ¡Ah; os burlais de mí, señor maestro de postas! ¡Cómo es eso! ¿no hay asnos en el país? ¿No hay con qué formar un tiro, cualquiera que sea? ¿No hay lo suficiente para arrastrar un coche?

Y el obstinado Keraban, hablando de aquella suerte, arrojaba miradas investigadoras á derecha é izquierda sobre una docena de indígenas que se habian detenido á la puerta del relevo.

—¡Sería capaz de engancharlos al carruaje! — dijo Bruno.

—¡Sí!..... á ellos ó á nosotros — respondió Nizib, como hombre que conocia bien á su señor.

Sin embargo, puesto que no habia ni caballos, ni mulas, ni asnos, era evidente que no se podia marchar. Asi, pues, era necesario resignarse á veinticuatro horas de tardanza. Ahmet, á quien tal retraso contrariaba tanto como á su tío, iba á tratar de hacerle entrar en razon en presencia de aquella absoluta imposibilidad, cuando el señor Keraban exclamó: —¡Cien rublos á quien proporcione un tiro para mi carruaje!

Cierto estremecimiento de estupor se apoderó entónces de los indígenas. Uno de ellos avanzó resueltamente.

—Señor turco — dijo — tengo dos dromedarios que se venden.

—Los compro — respondió Keraban.

Enganchar dromedarios á un carruaje jamas se habia visto. Pero se vió aquella vez.

En ménos de una hora la compra quedó hecha, y á buen precio. ¡Poco importaba! El señor Keraban hubiese pagado el doble. Las dos bestias, enjaezadas bien ó mal, se engancharon al carruaje, y bajo la promesa de una buena propina, el ex-propietario, transformado en postillon, se subió delante de la giba de uno de los dos rumiantes despues, el carruaje, con gran sorpresa por parte de la poblacion de Arabat, pero con gran satisfaccion de los viajeros, descendió el camino de Kertsch, al trote largo de su extraño tiro.

Por la noche llegaban sin novedad al pueblo de Argin, á doce leguas de Arabat.

Tampoco habia caballos de relevo, siempre alquilados por aquel señor Saffar. Fué necesario resignarse á dormir en Argin á fin de dar algun descanso á los dromedarios.



Yalta (Crimea).

A la mañana siguiente, 3 de Setiembre, el caruaje volvía á partir en las mismas condiciones, franqueando durante el día la distancia que separa Argin de Marienthal, ó sean diez y siete leguas; pasaron allí la noche, y al amanecer volvieron á partir, y por la tarde y despues de un trayecto de doce leguas, sin ningun accidente, llegaban á Kertsch, pero no sin rudas sacudidas, debidas á los tirones de aquellas robustas bestias, poco acostumbradas á semejante clase de servicio.

En suma, el señor Keraban y sus compañeros, que habian partido el 17 de Agosto, despues de diez y nueve días de viaje habian recorrido las tres séptimas partes de su trayecto (trescientas leguas, de setecientas). Estaban en un buen medio, y si seguían corriendo durante veintiseis días, hasta el 30 de Setiembre, debian haber acabado de dar la vuelta al uar Negro en las condiciones marcadas.

— Y sin embargo — repetía á menudo Bruno á su señor — tengo el presentimiento que esto acabará mal.

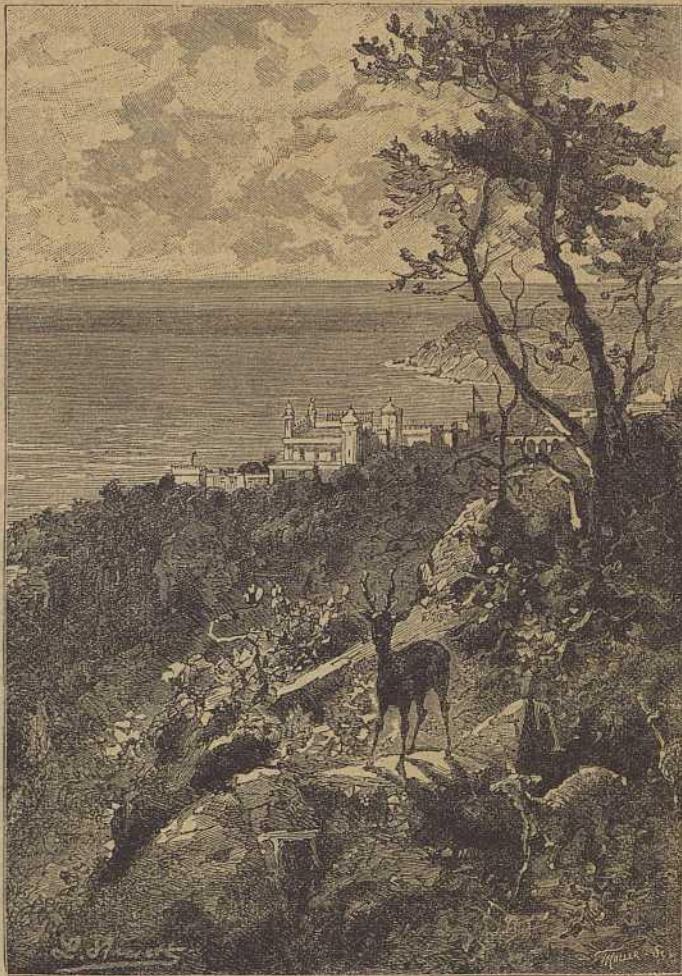
— ¿Para mi amigo Keraban?

— Para vuestro amigo Keraban.... ó para los que le acompañamos.

XIV.

EN EL QUE EL SEÑOR KERABAN SE MUESTRA MÁS FUERTE EN GEOGRAFÍA DE LO QUE SE CREÍA SU SOBRINO AHMET.

La ciudad de Kertsch está situada en la península que lleva su nombre, en la extremidad oriental de la Taurida. Se halla situada en la costa Norte de aquella lengua de tierra; un monte, sobre el cual se elevaba ántes la acrópolis, la domina majestuosamente. Es el monte Mitridates. El nombre de aquel implacable y



Aloupka (Crimea).

terrible enemigo de los romanos, á quienes fué necesario arrojar de Asia, aquel audaz general, aquel renombrado poliglota, aquel toxicólogo legendario, tiene su sitio justamente enfrente de una ciudad que fué la capital del reino del Bósforo. Allí fué donde el rey Pont, aquel terrible Eupator, se dejó atravesar por la espada de un soldado galo, después de haber tratado en vano de envenenar á aquel cuerpo de hierro, ya acostumbrado á los venenos.

Este fué el pequeño relato histórico que Van Mitten, durante media hora de reposo, creyó deber hacer á sus compañeros. Lo que le ocasionó esta respuesta de su amigo Keraban:

— ¡ Mitridates no era más que un torpe !

— ¿ Y por qué ? — preguntó Van Mitten.

— Si hubiera querido envenenarse formalmente, no tenía que hacer más que venir á comer á la posada de Arabat.

Entónces el holandés no creyó deber continuar el elogio del esposo de la bella Mónime, pero prometió visitar su capital durante algunas horas que le concediesen.

El carruaje atravesó la ciudad con su singular equipaje entre la mayor sorpresa de una población híbrida, compuesta la mayor parte de judíos, tártaros, griegos y aún rusos (entre todos 12.000 habitantes).

El primer cuidado de Ahmet, al llegar al *Hôtel Constantino*, fué enterarse si podría procurarse caballos para la mañana siguiente. Con gran satisfacción suya aquella vez no faltaban en las cuadras de la casa de posta.

— Es milagroso — observó Keraban — que el señor Saffar no se haya llevado los de este relevo.

Pero el poco sufrido tío de Ahmet guardó un vivo rencor á aquel importuno que se permitía adelantarse en su camino llevándose los caballos.

En todo caso, como ya no era necesario el empleo de los dromedarios, los vendió á un jefe de una caravana que partía para el estrecho de Yenikalé; pero los vendió vivos al precio que le hubieran costado muertos. Resultado de esto, una pérdida bastante sensible, que el rencoroso Keraban guardó, *in petto*, contra el señor Saffar.

No es necesario decir que el señor Saffar no se hallaba en Kertsch (lo que sin duda le evitó una discusión de las más serias con su competidor). Desde hacía dos días había abandonado la ciudad para ir por el camino de hierro del Cáucaso. Circunstancia feliz, porque los que le precedían no eran viajeros dispuestos á seguir el camino del litoral.

Una buena comida en el *Hôtel Constantino*, y una buena noche en sus habitaciones, bastante confortables, hicieron olvidar las penas tanto de los amos como de los servidores. También envió una carta Ahmet á Odessa, participando que el viaje se efectuaba regularmente.

Como la partida no se había decidido hasta las diez de la mañana siguiente, 5 de Setiembre, Van Mitten se levantó al mismo tiempo que el sol, con el fin de visitar la ciudad. Aquella vez encontró á Ahmet presto á acompañarle.

Los dos recorrieron las anchas calles de Kertsch, rodeadas de aceras, en donde abundaban perros vagamundos; un gitano, ejecutor autorizado de aquella baja obra, está encargado de matarlos á palos.

Pero, sin duda, el verdugo había pasado la noche bebiendo, porque Ahmet y el holandés tuvieron que trabajar para escapar de los dientes de aquellos peligrosos animales. El malecón de piedra, construido sobre el mar, en el interior de la bahía, formada por un recodo de la costa, que se prolonga hasta los lindes del estrecho, los permitió pasearse más cómodamente. Desde allí se distinguen el palacio del gobernador y la casa de aduanas. Un poco más á los lados, por falta de agua, están atracados los buques, á los que el puerto de Kertsch ofrece un buen fondeadero no lejos del lazareto. Aquel puerto ha llegado á ser bastante comercial despues de la cesion de la ciudad á Rusia en 1874, y también se encuentra un vasto depósito de aquella sal que forman las salinas de Perekop.

—¿Tenemos tiempo de subir allí?—dijo Van Mitten señalando el monte Mitridates, sobre el que se destaca actualmente un templo griego enriquecido con los despojos de aquellos túmulos tan frecuentes en la provincia de Kerstch (templo que ha reemplazado á la antigua acrópolis).

—¡Ah!—dijo Ahmet—no conviene arriesgarse en hacer aguardar al tío Keraban!

—¡Ni á su sobrino!—respondió sonriendo Van Mitten.

—Es verdad—repuso Ahmet—que durante todo el viaje no pienso más que en nuestra próxima llegada á Scutari. ¿Me comprendéis, señor Van Mitten?

—¡Sí.... os comprendo, amigo mío—respondió el holandés—¡y cómo el marido de la señora Van Mitten no os hubiera comprendido!

Ante aquella reflexion, muy justificada por las pruebas que había tenido en Rotterdam, los dos comenza-

ron á subir el monte Mitridates, pudiendo disponer de dos horas ántes de la partida.

Desde aquel elevado punto, una magnífica vista se extiende sobre la bahía de Kertsch. En el Sur se dibuja el ángulo extremo de la península. Hacia el Este se unen casi las dos lenguas de tierra que rodean la bahía de Taman, cerca del estrecho de Yenikalé. El cielo, bastante puro, permitía apercibir entónces los diversos accidentes de la comarca, y los *khourghans*, ó antiguas tumbas, que cubren toda la campiña, hasta las menores colinas de corallinas fósiles. Cuando Ahmet juzgó conveniente volver al hotel, mostró á Van Miten una monumental escalera, adornada de balaustres, que descende del monte Mitridates hasta la ciudad, concluyendo en la plaza del Mercado. Un cuarto de hora despues, los dos se reunían al señor Keraban, quien trataba en vano de discutir con su huésped, un tatar de los más complacientes. Ya era tiempo de llegar, porque hubiese acabado por incomodarse no encontrando ocasion de que le llevasen la contraria.

El carruaje estaba dispuesto, enganchado con buenos caballos de origen persa, de los que se hace un importante comercio en Kertsch. Cada uno ocupó su sitio, y partieron al galope de los caballos, no echando, por supuesto, de ménos el peligroso trote de los dromedarios.

Ahmet sentía una viva inquietud al aproximarse al estrecho. Se sabe, en efecto, lo que había pasado, cuando se modificó el itinerario en Kherson. Á instancia de su tío, el señor Keraban había consentido en no dar la vuelta al mar de Azof, con el fin de dirigirse por el camino más corto, ó sea por la Crimea. Pero al hacerlo no debía olvidarse el que no les faltaría tierra firme en ningún punto del trayecto. Se engañaba, y Ahmet no podía disipar su error.

Se puede ser un buen turco, un excelente negociante en tabacos, y no conocer á fondo la geografía. El tío de Ahmet debía ignorar probablemente que la comunicacion del mar Negro y el mar de Azof se efectúa por un ancho afluyente, aquel antiguo Bósforo americano, que lleva el nombre de estrecho de Yenikalé, y que, por consecuencia, le sería necesario atravesar aquel estrecho, entre la península de Kertsch y la de Taman.

El señor Keraban experimentaba hacia el mar una repugnancia, que su sobrino conocía muy bien. ¿Qué diría entónces, cuando se encontrase frente á aquel estrecho, si, á causa de las corrientes ó poca profundidad de las aguas, era necesario franquearle por su parte más ancha, estimada en veinte millas? ¿Y si rehusaba obstinadamente? ¿Y si pretendía remontar toda la costa oriental de la Crimea para seguir el litoral del mar de Azof hasta los primeros contrafuertes del Cáucaso? ¿Cómo se prolongaría entónces el viaje! ¿Cuánto tiempo perdido! ¿Cuántos intereses comprometidos! ¿Cómo iban á estar en Scutari para el día 30 de Setiembre?

Hé aquí las reflexiones que se hacía Ahmet mientras el carruaje rodaba, atravesando la península. Antes de dos horas alcanzarían el estrecho, y sabría su tío á qué atenerse. ¿Convenía entónces prepararle á aquella grave eventualidad? ¿Pero qué indirecta te-

nia que emplear para que la conversacion no degenerase en discusion, y la discusion en disputa? Si el señor Keraban se obstinaba, nadie le haria desistir de su idea, y de buen ó mal grado, obligaria al carruaje á tomar el camino de Kertsch.

Ahmet no sabia qué partido tomar. Si confesaba su astucia pondria á su tio fuera de sí. ¿No valdria más pasar por un ignorante, fingir la más perfecta sorpresa, encontrando un estrecho allí donde creia encontrar tierra firme?

—¡Que Allah me ayude!—dijo Ahmet. Y aguardó con resignación á que el Dios de los musulmanes le sacase de aquel apuro.

La peninsula de Kertsch está dividida por una zanja, construida en tiempos antiguos, y que se llama la muralla de Akos. El camino, que la sigue en parte, es bastante bueno desde la ciudad hasta el lazareto, y despues se convierte en difícil y escurridizo, descendiendo en una rápida pendiente hasta el litoral.

Los caballos no pudieron andar muy deprisa durante la mañana, lo que permitió á Van Mitten tomar algun apunte más completo de aquella porcion del Quersoneso.

En suma, era la estepa rusa en toda su desnudez. Algunas carabanas la atravesaban, viniendo á buscar algun abrigo á la muralla de Akos, acampando allí con todo el gusto pintoresco de una caravana oriental. Innumerables khourghans cubrian la campiña, dándola el aspecto poco recreativo de un inmenso cementerio. Eran otras tantas tumbas que los antiguos excavaron hasta sus profundidades, y cuyas riquezas, jarrones etruscos, piedras raras, alhajas antiguas, adornan ahora las paredes del templo y los salones del Museo de Kertsch.

Hácia el mediodía apareció en el horizonte una gran torre cuadrada, rodeada de cuatro torreillas; era el fuerte que se eleva en el Norte del pueblo de Jenikalé. Hácia el Sur, en la extremidad de la bahía de Kertsch, se dibujaba el cabo Au-Bouroun, dominando el litoral del mar Negro. Despues, el estrecho se dividia en dos picos, que forman la bahía de Taman. En lontananza, los primeros perfiles del Cáucaso, sobre la costa asiática, formaban como un inmenso cuadro en el Bósforo cimeriano.

Es muy cierto que aquel estrecho se asemejaba á un brazo de mar, y al verlo Van Mitten, que conocia las antipatías de su amigo Keraban, miró á Ahmet con un tono de sorpresa.

Ahmet le hizo una seña para que callase. Felizmente el tio dormia entónces, y no veia nada de las aguas del mar Negro y del mar de Azof, que se confunden en aquel afluyente, cuya parte más estrecha es de cinco ó seis millas de ancho.

—¡Demonio!—se dijo Van Mitten.

Era verdaderamente lástima que el señor Keraban no hubiese nacido cien años despues. Si su viaje se hubiera hecho en esa época, Ahmet no hubiera tenido por qué estar inquieto, como lo estaba en aquel momento.

En efecto, aquel estrecho tiende á cerrarse, y acabará, con la aglomeracion de arenas formadas de políperos y conchas, por no ser más que un estrecho canal de rápida corriente. Si, hace cincuenta años,

los vasallos de Pedro el Grande pudieron franquearle para ir á sitiar á Azof, por el contrario, ahora los buques mercantes se ven obligados á aguardar á que las aguas, rechazadas por los vientos del Sur, les den una profundidad de diez á doce piés.

Pero era el año 1882 y no el 2.000, y era necesario aceptar las condiciones hidrográficas tal como se presentaban.

El carruaje habia descendido las pendientes, que concluyen en Jenikalé, haciendo volar á las avutardas, escondidas entre las altas hierbas. El carruaje se detuvo en la principal posada del pueblo, y el señor Keraban se despertó.

—¿Hemos llegado al relevo?—preguntó.

—¡Sí, al relevo de Jenikalé!—respondió sencillamente Ahmet.

Todos echaron pié á tierra y entraron en la posada, mientras que el coche iba á la casa de postas. Desde allí debia dirigirse al embarcadero, donde está la barca destinada á trasportar á los viajeros, á pié, á caballo, en carreta, y aun en las caravanas que van desde Europa al Asia, ó viceversa.

Jenikalé es un pueblo donde se hace un lucrativo comercio de sal, de caviar, de sebo y de lana. Las pesquerías de esturiones y rodaballos ocupan una parte de su poblacion, que es casi toda griega. Los marinos se dedican al pequeño cabotaje del estrecho y litoral vecino en ligeras embarcaciones, armadas de dos velas latinas. Jenikalé se encuentra en una importante situacion estratégica, lo que explica por qué los rusos la han fortificado, despues de habérsela quitado á los turcos en 1771. Es uno de los puertos del mar Negro, que en aquel pico tiene dos llaves de seguridad: la llave de Jenikalé por un lado, y la de Taman por el otro.

Despues de media hora de descanso, el señor Keraban dió á sus compañeros la señal de partida, y se dirigieron hácia el embarcadero, donde les aguardaba el barco.

En seguida, las miradas de Keraban se dirigieron á derecha é izquierda, y lanzó una exclamacion.

—¿Qué teneis, tio?—preguntó Ahmet.

—¿Es un rio eso?—dijo Keraban, mostrando el estrecho.

—¡En efecto!—respondió Ahmet, que creyó deber dejar á su tio en el error.

—¡Un rio!.....—exclamó Bruno.

Una señal de su amo le hizo comprender que no debia insistir en aquel punto.

—En efecto, es un.....—dijo Nizib.

No pudo acabar. Un codazo de su compañero Bruno le cortó la palabra en el momento en que iba á calificar como merecia aquella disposicion hidrográfica.

Sin embargo, el señor Keraban miraba á aquel rio, que le cortaba el camino.

—¡Es ancho!—dijo.

—En efecto..... bastante ancho..... por causa de alguna crecida, probablemente—respondió Ahmet.

—Crecida..... debida al deshielo de las nieves—añadió Van Mitten, para apoyar más á su jóven amigo.

—¿El deshielo de las nieves..... en el mes de Setiembre?—dijo Keraban, volviéndose hácia el holandés.

—¡Sin duda..... el deshielo de las nieves..... de las



El dueño se hallaba en el dintel.

antiguas nieves..... las nieves del Cáucaso!—respondió Van Mitten, que ya no sabía lo que se decía.

—Pero no veo puente que permita franquear este río—repuso Keraban.

—En efecto, tío, no hay—respondió Ahmet haciendo de sus manos una especie de anteojo como para apereibir mejor el pretendido puente del pretendido río.

—Sin embargo, debía haber un puente—dijo Van Mitten.—Mi guía menciona la existencia de un puente.....

—¡Ah! ¿Vuestro guía menciona la existencia de un puente?.....—replicó Keraban que, frunciendo las cejas, miraba frente á frente á su amigo Van Mitten.

—Si..... ese famoso puente—dijo balbuciendo el holandés—Ya sabeis..... el puente Euxino..... *Puente Euxino* de los antiguos.

—Tan antiguo—replicó Keraban cuyas palabras silbaban entre sus labios medio cerrados—que no habrá podido resistir á la crecida producida por las nieves..... las antiguas nieves.....

—¡Del Cáucaso!—añadió Van Mitten que no encontraba ya nada que decir.

Ahmet estaba un poco retirado. No sabía lo que responder á su tío, no queriendo provocar una discusión inútil.

—Y bien, sobrino—dijo Keraban con un tono seco;—¿cómo harémos para pasar este río puesto que no hay puente?

—¡Oh, encontraremos un vado!—dijo neglentemente Ahmet.—Hay tan poca agua.

—Apénas hay con que mojarse los talones—añadió el holandés, que verdaderamente hubiera hecho mejor en callarse.



El carruaje descendió el camino de Kertsch al trote largo de su extraño tiro.

—Vamos, Van Mitten—esclamó Keraban—recogeos los pantalones, entrad en el río, y nosotros os seguiremos.

—Pero..... yo.....

—¡Vamos..... recogeos, recogeos!.....

El fiel Bruno creyó deber intervenir para sacar á su amo de aquel apuro.

—Es inútil, señor Keraban—dijo.—Pasarémos sin necesidad de mojarnos los piés; nos aguarda un barco.

—¡Ah! ¿Hay un barco?—respondió Keraban.—Es verdaderamente feliz que se haya pensado en instalar un barco en este río..... para reemplazar el puente destruido..... ese famoso Puente Euxino..... ¿Por qué no habeis dicho ántes que había un barco? ¿Y dónde está ese barco?

—Héle aquí, tío—respondió Ahmet mostrando

el barco amarrado al puerto.—Nuestro coche está allí dentro.

—¡Verdaderamente! ¿Nuestro coche está allí?

—Sí; y los caballos.

—¿Y los caballos? ¿Y quién ha dado orden?

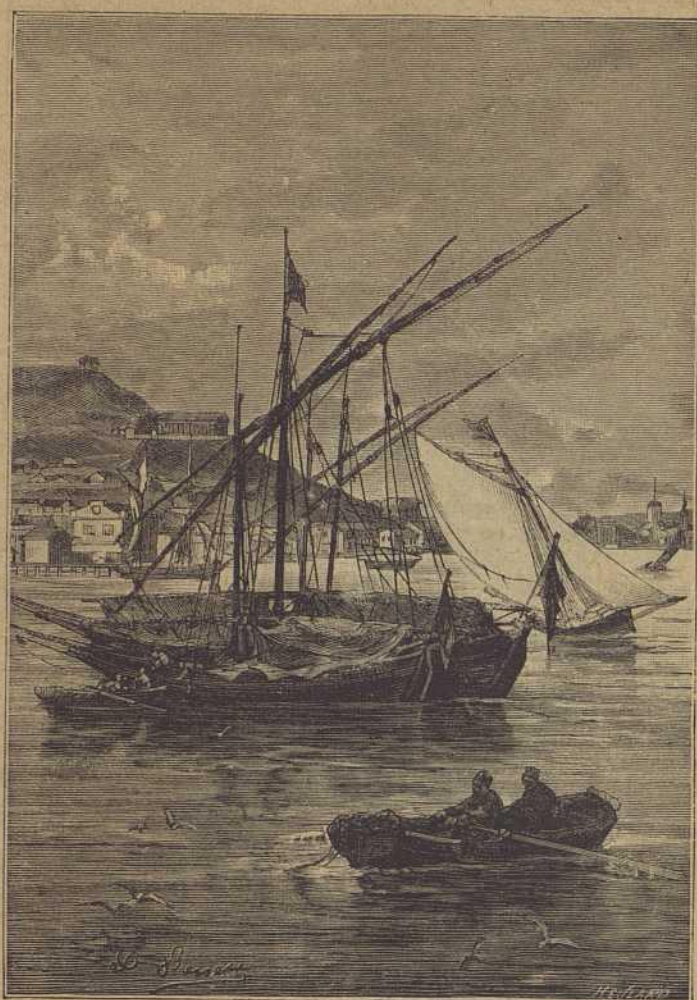
—Nadie, tío—respondió Ahmet.—El maestro de postas le ha conducido..... como está acostumbrado á hacerlo.....

—Desde que no hay puente, ¿no es eso?

—Desde entónces, tío; y por otra parte, no había otro medio de continuar nuestro viaje.

—Había otro, sobrino Ahmet. Volviendo sobre nuestros pasos para dar la vuelta al mar de Azof por el Norte.

—¡Doscientas leguas de más, tío! ¿Y mi matrimonio? ¿Y el 30 de Setiembre? ¿Ya habeis olvidado el 30?



Kertsch.

—No, sobrino, y antes de ese día sabré estar de vuelta. ¡Partamos!

Ahmet fué presa durante un instante de la más viva emoción. ¿Iba á poner su tío en ejecución aquel proyecto insensato de volver sobre sus pasos á través de la península? ¿Iba, por el contrario, á colocarse, en el barco y á atravesar el estrecho de Jenikalé?

El señor Keraban se dirigió al barco. Van Mitten, Ahmet, Nizib y Bruno le seguían, no queriendo dar ningún pretexto á la violenta discusión que iba á estallar.

Keraban, durante más de un minuto, se detuvo en el malecón á mirar á su alrededor.

Sus compañeros se detuvieron.

Keraban entró en el barco.

Sus compañeros le siguieron.

Keraban subió al carruaje.

Los otros hicieron lo propio.

Después el barco, una vez desamarrado, se separó de la orilla, y la corriente le dirigía á la costa opuesta.

Keraban no hablaba, y los demás imitaban su silencio.

Las aguas, felizmente, estaban tranquilas, y á los bateleros no les costó gran trabajo el dirigir su barco, ya usando los largos bicheros, ya las anchas paletas, según las exigencias del fondo.

Sin embargo, hubo un momento en que se temió se produjese algún accidente.

En efecto, una ligera corriente, desviada por la flecha Sur de la bahía de Taman, había cogido oblicuamente al barco. En lugar de dirigirse hacia aquel pico, amenazó llevarle al fondo de la bahía. Hubiesen tenido que franquear cinco leguas en vez de una,

y el señor Keraban, cuya impaciencia se manifestaba visiblemente, iba tal vez á dar orden de volver atrás.

Pero los bateleros, á los que Ahmet ántes del embarque había dicho algunas palabras (la palabra rublo muchas veces repetida), maniobraron tan bien que dominaron la corriente.

Una hora despues de haber dejado el puerto de Jenikalé, viajeros, caballos y coche desembarcaban en la extremidad de aquella punta meridional, que en ruso se nombra *Joujniá-Kossa*.

El carruaje desembarcó sin dificultad, y los marineros recibieron una suma respetable de rublos.

Otra vez, el pico formaba dos islas y una península, es decir, que estaba cortado en dos partes por un canal, y hubiese sido imposible atravesarlo en coche. Así es que el carruaje anduvo de una sola vez las cuatro verstas que separan el pico del pueblo de Taman.

Una hora despues hacia su entrada en aquel pueblo, y el señor Keraban se contentaba con decir, mirando á su sobrino:

—Decididamente, las aguas del mar de Azof y las del mar Negro no hacen mal menaje en el estrecho de Jenikalé.

Aquello fué todo lo que dijo, y jamas se volvió á hablar ni del rio del sobrino Ahmet, ni del Puente Euxino del amigo Van Mitten.

XX.

EN EL QUE EL SEÑOR KERABAN, AHMET, VAN MITTEN Y SUS CRIADOS HACEN EL PAPEL DE SALAMANDRAS.

Taman no es más que una pequeña villa de un aspecto bastante triste, con casas poco confortables; sus chozas, descoloridas por la accion del tiempo; su iglesia, de madera, cuyo campanario está constantemente rodeado de halcones.

El carruaje no hizo más que atravesar á Taman. Van Mitten no pudo visitar ni el puerto militar, que es muy importante, ni la fortaleza de Phanagorie, ni las ruinas de Tmontarakan.

Si Kertsch es griego por su poblacion y sus costumbres, Taman, por el contrario, es cosaca. De aquí un contraste que el holandés no pudo observar más que al pasar.

El carruaje, tomando invariablemente por el camino más corto, durante una hora, siguió el litoral Sur de la bahía de Taman. Esto fué lo bastante para que los viajeros pudieran reconocer que era un país extraordinario de caza (tal como no se encuentra otro en el globo).

En efecto, pelicanos, cormoranes y otros, sin contar las bandadas de avutardas, se posaban en aquellos pantanos en cantidades verdaderamente increíbles.

—¡No he visto jamas tantas aves acuáticas!—dijo con razon Van Mitten.—Podría descargarse un fusil al azar sobre esos pantanos ¡y no se perdería un solo perdigon!

Aquella observacion del holandés no ocasionó ninguna discusion. El señor Keraban no era cazador, y, por otra parte, Ahmet pensaba en otra cosa.

No se cruzó entre los viajeros ni una sola palabra, hasta que una bandada de patos que, asustada por el carruaje, echó á volar en el momento en que dejaba el litoral á la izquierda para ir oblicuamente al Sud-Este, haciendo exclamar á Van Mitten:

—¡Hé ahí una compañía! ¡Hay todo un regimiento!

—¿Un regimiento? ¡Querréis decir un ejército!—replicó Keraban que se encogió de hombros.

—¡Es verdad, teneis razon!—repuso Van Mitten.—¡Hay lo ménos cien mil patos!

—¡Cien mil patos!—exclamó Keraban.—¿Si dijeseis doscientos mil?

—¡Oh! ¡doscientos mil!

—Y aún diría trescientos mil, Van Mitten, y todavía no acertaría.

—Teneis razon, amigo Keraban—respondió el holandés prudentemente, que no quiso excitar á su compañero á que le arrojase un millon de patos á la cabeza.

Pero, en suma, era él quien tenía razon. Cien mil patos es un buen número; pero no había ménos en aquella prodigiosa nube de volátiles que proyectó una inmensa sombra sobre la bahía, destacándose ante el sol.

El tiempo era bastante bueno, el camino bastante llano. El tiro marchó rápidamente, y los caballos no faltaron en los relevos. Ya no había más señores Saffar que alquilaran los tiros con anticipacion, y los viajeros avanzaban por el camino de la península.

Se nos olvidaba decir que la próxima noche la pasarían toda en correr hácia los primeros contrafuertes del Cáucaso, cuya masa aparecía confusamente en el horizonte. Puesto que la noche se había pasado bien en el hotel de Kertsch, era natural que nadie pensase en abandonar el carruaje en treinta y seis horas.

Sin embargo, al anochecer, á la hora de comer, los viajeros se detuvieron delante de uno de los relevos, que al mismo tiempo era posada. No sabían lo que les pasaría en el litoral caucásico, y si encontrarían con qué alimentarse. Por lo tanto, era una prudencia para economizar las provisiones hechas en Kertsch.

La posada era mediana, pero los víveres no faltaban. Sobre este punto no tuvieron por qué quejarse.

Solamente señalaremos un detalle característico; el posadero, fuese desconfianza natural, fuese costumbre del país, hizo pagar adelantado, ó sea á medida del consumo.

Esto es, cuando trajo pan, dijo:

—Vale diez *kopeks* (1).

Y Ahmet tuvo que dar diez kopeks.

Cuando trajeron los huevos:

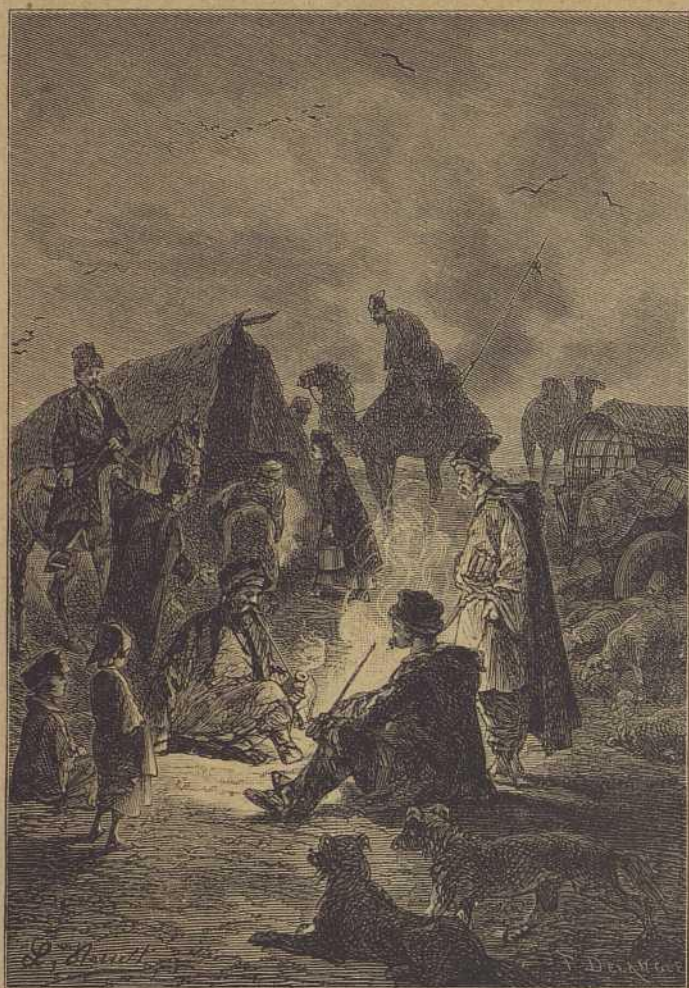
—Son ochenta kopeks.

Y Ahmet tuvo que pagar los ochenta kopeks pedidos.

¡Por los kwars, tanto! ¡Por los patos, tanto! ¡Por la sal, tanto!

Y Ahmet pagó sin replicar.

(1) El *kopek* es una moneda de cobre que vale cuatro céntimos.



Algunas carabanas la atravesaban.

También fué preciso pagar por adelantado el mantel, las servilletas, los bancos, hasta los cuchillos, los vasos, los servilleteros, los tenedores y los platos.

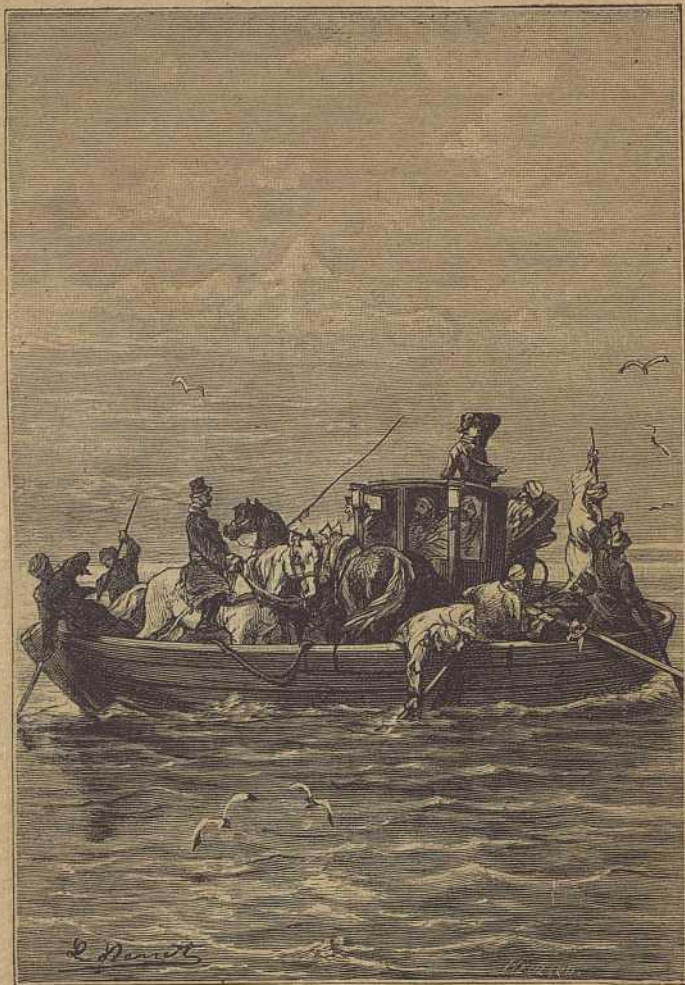
Se comprende que aquello no podía tardar en excitar al señor Keraban, que acabó por comprar en conjunto todos los diversos utensilios necesarios para la comida, mas no sin grandes objeciones, que el posadero recibió con una impasibilidad digna del mismo Van Mitten.

La comida terminada, Keraban devolvió los objetos, que le tomaron con un cincuenta por ciento de pérdida.

—¡ Es raro que no nos haga pagar la digestión! — dijo. — ¡ Qué hombre! Es digno de ser ministro de Hacienda del Imperio otomano. ¡ Hé aquí uno que sabría hacer pagar á buen precio cada golpe de remo de los caïques del Bósforo!

Pero se había comido bastante bien; era lo importante, como hizo observar Bruno, y partieron cuando era ya de noche, una noche sombría y sin luna.

Es una impresión bastante particular, aunque no desprovista de cierto encanto, el sentirse trasportado al trote sostenido de los caballos, en medio de la oscuridad más profunda, á través de un país desconocido, donde los pueblos se hallan muy léjos unos de otros, algunas granjas diseminadas en la estepa y á grandes distancias. Los cascabeles de los caballos, el acompasado é irregular choque de sus cascos sobre el suelo, el rechinar de las ruedas sobre la superficie de los terrenos arenosos, sus choques con los baches de los caminos, frecuentemente humedecidos por las lluvias; los chasquidos del látigo del postillon, el resplandor de las linternas, que se pierde en las sombras, cuando el camino es llano, ó se fijan vivamente



El barco se separó de la orilla.

en los árboles, en las piedras ó en los postes indicadores, colocados en los terrenos dispuestos para terraplenar, todo esto constituye un conjunto de ruidos ó visiones rápidas, á los que pocos viajeros pueden permanecer insensibles. Aquellos ruidos se oyen, aquellas visiones se distinguen, á través de una semi-somnolencia, que le presta un carácter algo fantástico.

El señor Keraban y sus compañeros no pudieron resistir á aquel sentimiento, cuya intensidad es por instantes más grande. Á través de la ventanilla anterior del cupé, con los ojos medio cerrados, miraban las sombras del carruaje, sombras caprichosas, desmesuradas, que se movían, se destacaban hácia la parte del camino vagamente iluminado que tenían que recorrer.

Debian ser cerca de las once de la noche, cuando

un ruido singular les sacó de su sopor. Era una especie de silbido, comparable al que produce el agua de Seltz al escaparse de la botella, pero duplicado. Se hubiera dicho que alguna caldera dejaba escapar su vapor comprimido por el tubo de escape.

El tiro se había detenido. El postillon no gustaba maltratar á sus caballos. Ahmet, queriendo saber á lo que atenerse, bajó rápidamente los vidrios y se inclinó hácia fuera.

—¿Qué es lo que hay? ¿Por qué no marchamos? —preguntó.—¿De qué proviene ese ruido?

—Son los volcanes de lodo—respondió el postillon.

—¿Los volcanes de lodo?—exclamó Keraban.—¿Quién ha oído jamás hablar de los volcanes de lodo? ¡Verdaderamente es un bonito camino el que nos has señalado, sobrino Ahmet!

—Señor Keraban, vos y vuestros compañeros haréis bien en bajar—dijo el postillon.

—¡Bajar, bajar!

—Sí..... Os suplico que sigais al carruaje mientras que atravesamos esta region, porque yo no soy ahora dueño de los caballos, y podrian desbocarse.

—Vamos—dijo Ahmet—este hombre tiene razon. Es necesario bajar.

—Son cinco ó seis verstas que andar—añadió el postillon—quizás ocho, pero nada más.

—¿Os decidis, tio?—repuso Ahmet.

—Bajemos, amigo Keraban—dijo Van Mitten.—¿Volcanes de lodo?..... ¡Es necesario ver lo que es eso!.....

El señor Keraban se decidió, no sin protestar. Todos echaron pié á tierra; despues, marchando detras del carruaje, que no andaba más que al paso, le siguieron á la luz de las linternas.

La noche era extremadamente sombría. Si el holandés esperaba ver, por poco que fuese, los fenómenos naturales señalados por el postillon, se engañaba; pero respecto á aquellos silbidos singulares que llenaban el aire de un sordo rumor, hubiese sido difícil no oírlos, á ménos de tener obstruidos los oídos.

En suma, si hubiese sido de día, hé aquí lo que hubiera visto: una estepa cubierta, en una gran extension, de pequeños conos de erupcion, parecidos á esos enormes hormigueros que se encuentran en ciertas partes del África ecuatorial. De aquellos conos se escapan materias gaseosas y bituminosas, efectivamente designadas con el nombre de «volcanes de lodo», aunque la accion volcánica no interviene de ninguna manera en la produccion del fenómeno. Únicamente es una mezcla de fango, selenito, calizo, piritita y petroleo, que bajo la influencia del gas hidrógeno carbonado, otras veces fosforado, sale con cierta violencia.

Aquellas tumergencias que se elevan poco á poco, se caen para dejar salir la materia eruptiva, y se abaten en seguida, cuando aquellos terrenos terciarios de la península se limpian en un espacio de tiempo más ó ménos largo.

El gas hidrógeno que se produce en aquellas condiciones es debido á la descomposicion lenta, pero permanente, del petróleo mezclado con diversas sustancias. Las paredes de rocas donde se encierra acaban por romperse bajo la accion de las aguas, aguas de lluvia ó aguas de manantiales, en las que las infiltraciones son continuas. Entónces, el derrame se efectúa, como se dijo anteriormente, lo mismo que una botella llena de un liquido espumoso que la elasticidad del gas vacía completamente.

Aquellos conos se ven en gran número en la superficie de la península de Taman. Se les encuentra tambien en los terrenos, muy parecidos á éstos, de la península de Kertsch, pero no cerca del camino seguido por el carruaje, lo que explica por qué los viajeros no se apercibieron de nada.

Sin embargo, pasaban entónces entre aquellas gruesas lupias, empenachadas de vapores, en medio de aquellos impetuosos saltos de lodo liquido, cuya naturaleza explicó bien ó mal el postillon. Estaban tan próximos, que recibian en la cara aquellos soplos de

gases, de un olor característico, como si se escapasen del gasómetro de una fábrica.

—¡Ah!—dijo Van Mitten reconociendo la presencia del gas;—hé aquí un camino que no se halla falto de peligros.

¡Cuidado con que se produzca alguna explosion!

—Teneis razon—respondió Ahmet.—Sería necesario, por precaucion, apagar.....

La observacion que hacia Ahmet, el postillon, acostumbrado á atravesar aquella region, tambien se la habia hecho á sí propio, sin duda porque las linternas del carruaje se apagaron de pronto.

—¡Cuidado con fumar!—dijo Ahmet dirigiéndose á Bruno y á Nizib.

—Estad tranquilo, señor Ahmet—respondió Bruno.—No tenemos ganas de volar.

—¿Cómo?—exclamó Keraban.—¿Con que no se permite fumar aqui?

—No, tio—respondió vivamente Ahmet—no..... durante algunas verstas al ménos.

—¿Ni un cigarrillo?—añadió el testarudo, que arrollaba entre sus dedos un cigarrillo con la agilidad de un viejo fumador.

—Más tarde, amigo Keraban, más tarde..... en interes de todos—dijo Van Mitten.—Sería tan peligroso fumar aqui, en esta estepa, como en medio de un polvorin.

—Bonito país—murmuró Keraban.—Me extrañaria mucho que los negociantes en tabacos hiciesen fortuna aqui. ¡Vamos, sobrino Ahmet, aparte de algunos dias de retraso, mejor hubiese sido dar la vuelta al mar de Azof!

Ahmet no respondia. No queria comenzar una discusion sobre aquel punto. Su tio, algo incomodado, guardó el tabaco en su bolsillo, y continuaron siguiendo al carruaje, cuya masa informe se dibujaba apenas en medio de aquella profunda oscuridad.

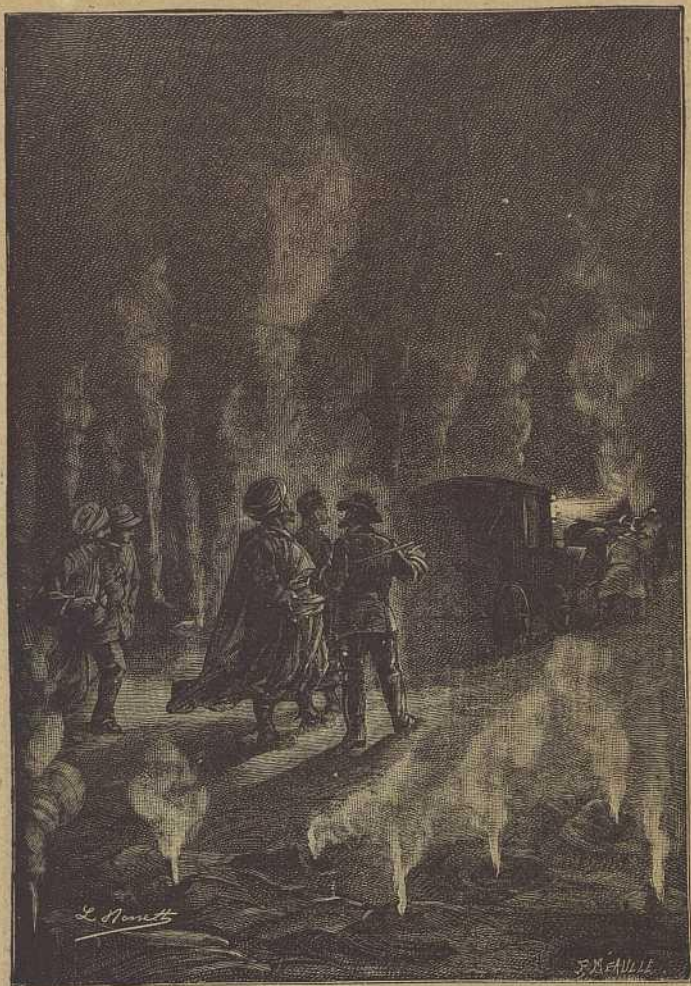
Importaba, por lo tanto, marchar con la mayor precaucion, con el fin de evitar las caidas. El camino, mojado por algunos sitios, no era seguro para pisar, y se inclinaba ligeramente hacia el Este. Felizmente, á traves de aquella atmósfera brumosa no habia ni un soplo de viento. De aquella manera los vapores subian y se perdian en linea recta en el espacio, en lugar de envolver á los viajeros, lo que les hubiese molestado en extremo.

Continuaron así por espacio de media hora, andando muy despacio. Los caballos relinchaban y se encabritaban. El postillon hacia esfuerzos para detenerlos. Los ejes del carruaje crujián cuando las ruedas se deslizaban por alguna desigualdad del camino; pero era sólido, segun lo habia probado en los pantanos del Bajo Danubio.

Un cuarto de hora más, y la region de los conos de erupcion se habria franqueado.

De repente, una viva luz se produjo al lado derecho del camino. Uno de los conos acababa de encenderse, y proyectaba una llama intensa. La estepa se iluminó en una versta á la redonda.

—¡Algüien fuma!—exclamó Ahmet que marchaba algo delante de sus compañeros, y retrocedió precipitadamente.



Todos echaron plé á tierra marchando detras del carruaje.

Nadie fumaba.

De pronto se oyeron los gritos y los chasquidos del látigo del postillon. No podia dominar á los caballos. Éstos, espantados, se desbocaron y arrastraron al carruaje en su carrera con extrema velocidad.

Todos se habian detenido. La estepa presentaba en medio de aquella noche sombría un aspecto terrible.

En efecto, las llamas que salian por el cono acababan de comunicarse á los conos vecinos. Explotaban el uno despues del otro, estallando con violencia, como un árbol de pólvora cuyos fuegos se cruzan.

Sin embargo, una inmensa hoguera alumbraba la pradera. Bajo aquel resplandor aparecian centenares de gruesas venas en ignicion, cuyo gas estallaba en medio de las deyecciones de las materias liquidas, las unas con el resplandor siniestro del petróleo, las

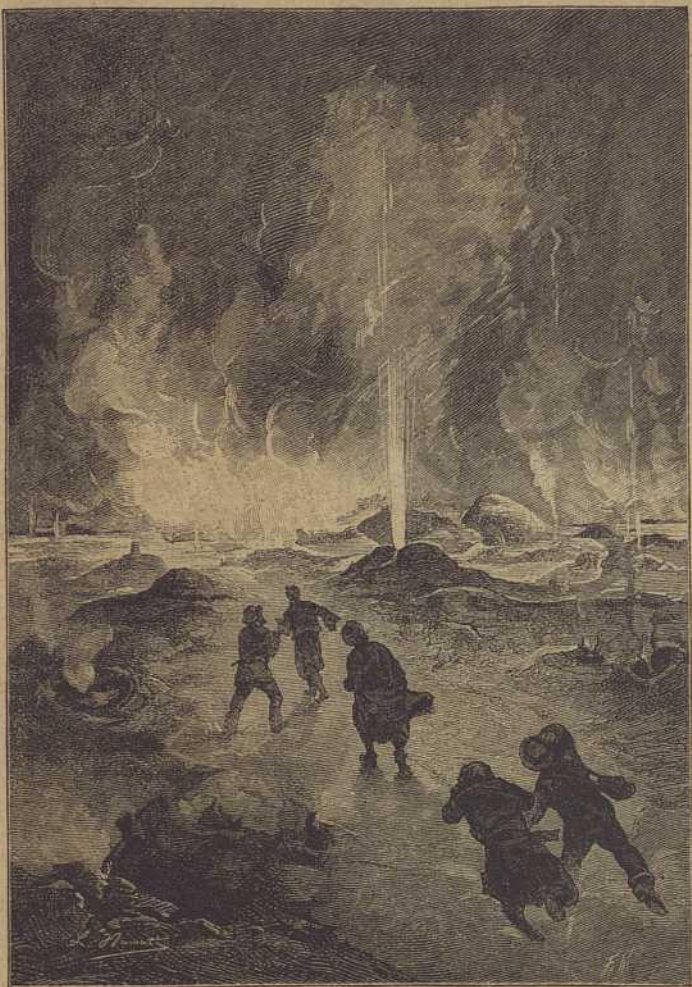
otras con diversos colores, segun la presencia del azufre blanco, pirita ó carbonato de hierro.

Al mismo tiempo, ruidos sordos corrian, haciendo temblar el suelo.

La tierra iba á entreabrirse, convirtiéndose en un cráter bajo la fuerza impulsiva de las materias eruptivas.

Allí existia un peligro inminente. Instintivamente, el señor Keraban y sus compañeros se habian separado los unos de los otros, con el fin de evitar un hundimiento general. No era, sin embargo, conveniente detenerse. Era necesario marchar deprisa. Importaba mucho atravesar lo más pronto posible aquella peligrosa zona. El camino, bien alumbrado, parecia impracticable. Siempre rodeando á aquellos conos, atravesaba aquella estepa de fuego.

— ¡ Adelante, adelante ! — exclamaba Ahmet.



¡ Adelante, adelante ! — exclamaba Ahmet.

Nadie le respondía, pero todos obedecían. Se orientaron siguiendo la dirección del carruaje, que no podía apercibirse. En el horizonte parecía que se volvía á formar la oscuridad en aquella parte de la estepa..... Allí estaba el límite de aquella región de los conos, que era necesario traspasar.

De repente, una viva explosión estalló en el mismo camino. Un estampido, seguido de una lengua de fuego, había salido de una enorme lúpia, que acababa de dilatar el suelo por un instante.

Keraban cayó al suelo, y pudo apercibirse moviéndose entre las llamas. ¿Qué sería de él si no se le socorria? De un salto Ahmet se precipitó á socorrer á su tío. Le cogió, antes de que los gases inflamados no ejerciesen sobre él su pernicioso acción, y le arrastró, medio sofocado por las emanaciones del hidrógeno.

— ¡ Tío..... tío !..... — exclamaba Ahmet.

Y Van Mitten, Bruno y Nizib, después de haberle colocado al borde de un escarpado, probaron á insuflarle algo de aire en los pulmones.

Al cabo, un ¡ brun, brun ! vigoroso y de buen augurio se oyó. El robusto pecho de Keraban comenzó á dilatarse y comprimirse por precipitados intervalos, arrojando los gases deletéreos que había absorbido. Después respiró largo rato, volvió por completo en sí, y sus primeras palabras fueron éstas :

— ¿ Osarás todavía sostener, Ahmet, que no hubiera sido mejor dar la vuelta al mar de Azof ?

— ¡ Teneis razon, tío !

— ¡ Como siempre, sobrino, como siempre !

Apénas había terminado esta frase el señor Keraban, cuando una profunda oscuridad reemplazó á aquella luz que iluminaba toda la estepa.



Ahmet se precipitó á socorrer á su tío.

Los conos se habían súbita y espontáneamente apagado. Se hubiese dicho que la mano de un maquinista acababa de cerrar el contador de un teatro. Todo se volvió negro, y aún con más razón, puesto que los ojos conservaban todavía en la retina la impresión de aquella violenta luz, cuyo origen se había terminado instantáneamente.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué aquellos conos se habían incendiado, puesto que ninguna luz se había aproximado á su cráter?

Hé aquí la probable explicación: bajo la influencia de un gas que estalla al contacto del aire, se había producido un fenómeno idéntico al que incendió los alrededores de Taman en 1840. Aquel gas, que es el hidrógeno fosforado, debido á la presencia de productos fosfatados, que provienen de cadáveres de animales marinos retirados en aquellos lechos mar-

gosos, se inflama y comunica el fuego al hidrógeno carbonado, que no es otro que el del alumbrado. Así, pues, en cualquier instante, bajo la influencia tal vez de ciertas condiciones climáticas, estos fenómenos de ignición espontánea pueden producirse sin que nadie los prevea.

Bajo aquel punto de vista, los caminos de la península de Kertsch y de Taman presentan peligros inminentes, los cuales son difíciles de evitar, puesto que son repentinos.

El señor Keraban tenía razón cuando decía que cualquier otro camino hubiese sido preferible al que las impaciencias de Ahmet le habían hecho seguir.

Pero, en fin, todos habían escapado del peligro; el tío y el sobrino, un poco chamuscados, sin duda, y los compañeros sin la menor quemadura.

Á tres verstas de allí el postillon había podido de-

ener á los caballos. Así es que, terminadas las llamas, habia encendido los faroles del carruaje, y guiados por aquella luz, los viajeros pudieron alcanzarle sin peligro, mas no sin fatigas.

Cada uno se colocó en su sitio. Volvieron á marchar, y la noche se acabó tranquilamente. Pero Van Mitten debia conservar un conmovedor recuerdo de aquel espectáculo.

Jamas se hubiera maravillado tanto, si los azares de su vida le condujesen á aquellas regiones de la Nueva-Zelanda, en el momento en que se inflaman los manantiales estacionados sobre el anfiteatro de aquellas eruptivas colinas.

Á la mañana siguiente, 6 de Setiembre, á diez y ocho leguas de la bahia de Taman, el carruaje, despues de haber rodeado la bahia de Kisiltarch, atravesaba el pueblo de Anapa, y por la noche, hácia las ocho, se detenia en el pueblo de Kajewskaja, en el limite de la region caucásica.

XVI.

DONDE SE TRATA DE LA EXCELENCIA DE LOS TABACOS DE PERSIA Y DEL ASIA MENOR.

El Cáucaso y aquella parte de la Rusia meridional, formada de elevadas montañas y de llanos inmensos, cuyo sistema orográfico se dibuja del Oeste al Este, con una longitud de trescientos á quinientos kilómetros: al Norte se extienden los países de los cosacos del Don, el gobierno de Stavropol, con las estepas de los kalmouks y de los nogais nómadas; al Sur, los gobiernos de Tiflis, capital de la Georgia; de Koutais, Bakon, Elisabethpol, Erivan; despues las provincias de Mingrelia, Imeretria, Abkasia, Gouriel. Al Oeste del Cáucaso está el mar Negro; al Este, el mar Caspio.

Toda la comarca, situada al Sur de la principal cadena del Cáucaso, se denomina la Transcaucasia, y no hay más fronteras que las de la Turquía y la Persia, en el punto de union del monte de Arabat, donde, siguiendo la Biblia, el arca de Noé vino á atracar despues del diluvio. Son numerosas las diversas tribus que habitan ó recorren aquella importante region. Pertenecen á las razas kartevel, armenia, tscherkessa, tschetschena, lesghienne. En el Norte hay kalmouks, nogais, tártaros de raza mongólica; en el Sur se encuentran tártaros de raza turca, kurdos y cosacos.

Si hay que creer á los sabios más competentes en semejante materia, de aquella comarca medio europea, medio asiática, es de donde ha salido la raza blanca que puebla hoy el Asia y Europa. Por eso la han dado el nombre de raza caucásica.

Tres hermosos caminos rusos atraviesan aquella enorme barrera que dominan las cimas del Chat-Elbrouz á cuatro mil metros, del Kazbek á cuatro mil ochocientos (altura del monte Blanco), y del Elbrouz á cinco mil seiscientos metros.

El primero de aquellos caminos, de doble importancia estratégica y comercial, va de Taman á Poti, lo largo del litoral del mar Negro; el segundo, de Mosdok á Tiflis, pasando por la garganta del Darial, y el tercero, de Kizliar á Bakon, por Derbend.

Es necesario no olvidar que de estos tres caminos, el señor Keraban, de acuerdo con su sobrino Ahmet, debia tomar el primero. ¿Para qué aventurarse en el dédalo del grupo caucásico, exponiéndose á dificultades y tardanzas? Un camino se extiende hasta el puerto de Poti, y ni pueblos ni aldeas faltan en el litoral del mar Negro.

Existia el railway de Kostow á Vladi-Cáucaso, despues el de Tiflis á Poti, que hubiese sido posible utilizar sucesivamente, pues que una distancia de cien verstas apenas separa las dos líneas; pero Ahmet evitó astutamente el proponer aquel medio de locomocion, al que su tio habia hecho tan mal acogida cuando se trató de los caminos de hierro de la Taurida y el Quersoneso.

Todo estaba bien convenido; el carruaje, la indestructible carroza, á la que solamente se hizo algunas reparaciones poco importantes, abandonó el pueblo de Kajewskaja por la mañana del 7 de Setiembre, y se dirigió por el camino del litoral. Ahmet estaba resuelto á marchar con la mayor rapidez posible. Veinticuatro dias les quedaban todavia para acabar su itinerario y llegar á Scutari en el fijado plazo. En aquel punto, su tio estaba conforme con él. Sin duda que Van Mitten hubiese preferido viajar á su gusto, recoger impresiones más duraderas, y no verse en la necesidad de llegar en un dia dado; pero no se le consultaba. No era otra cosa sino un convidado á comer en casa de su amigo Keraban, á cuyo efecto se le conducia á Scutari; ¿qué más podia pedir?

Sin embargo, Bruno, por deber de conciencia, en el momento de aventurarse en la Rusia caucásica creyó conveniente hacerle algunas observaciones. El holandés, despues de haberle escuchado, le mandó concluir.

—Pues bien, señor —dijo Bruno— ¿por qué no abandonar al señor Keraban y al señor Ahmet, y que corran los dos solos, sin tregua ni descanso, á lo largo de ese mar Negro?

—¡Dejarlos, Bruno—habia respondido Van Mitten!

—Dejarlos, sí, señor, dejarlos, despues de deseales buen viaje.

—¿Y quedarnos aquí?....

—Sí, quedarnos aquí, con el fin de visitar tranquilamente el Cáucaso, puesto que nuestra mala estrella nos ha conducido aquí. Despues de todo, estaremos aquí mejor que en Constantinopla, al abrigo de las reclamaciones de la señora Van.....

—No pronuncieis ese nombre, Bruno.

—No lo pronunciaré, señor, por no desagradaros.

Pero á ella únicamente debemos el habernos metido en semejante aventura. Correr dia y noche en carruaje, verse expuesto á hundirse en los pantanos ó á tostarse en provincias en combustion, francamente, es demasiado, y pasa de demasiado. Os propongo que no discutais eso con el señor Keraban (en lo que estaréis conforme), pero que le dejeis partir, previniéndole, con una amable sonrisa, que ya le encontraréis en Constantinopla cuando volvais.

—Esto no es conveniente —respondió Van Mitten.

—Pero seria prudente —replicó Bruno.

—¿Te encuentras decidido?

— Completamente decidido, y por otra parte, no sé si ya lo habréis apercibido, empiezo á adelgazar.

— ¡No mucho, Bruno, no mucho!

— Sí, yo mismo lo siento, y si continuára con el mismo régimen, llegaría muy pronto al estado de esqueleto.

— ¿Te has pesado, Bruno?

— Quise pesarme en Kertsch — respondió Bruno — pero no encontré más que un pesacartas.....

— ¿Y no fué suficiente? — respondió riéndose Van Mitten.

— No, señor — respondió gravemente Bruno; — pero antes de poco será suficiente para pesar á vuestro servidor. ¡Vamos, dejemos al señor Keraban continuar su camino!

Verdaderamente que aquella manera de viajar no gustaba á Van Mitten, buen hombre, de carácter apacible, y que no se apresuraba por nada. Pero el pensamiento de disgustar á su amigo Keraban, abandonándole, le fué tan desagradable, que rehusó solemnemente.

— No, Bruno, no — dijo — estoy convidado y.....

— Un convidado — exclamó Bruno — un convidado al que se le obliga á andar seiscientas leguas en vez de una.

— ¡No importa!

— Permitidme deciros que no teneis razon, señor — replicó Bruno. — Os lo repito por décima vez. ¡No estamos todavía al final de nuestras miserias, y tengo el presentimiento que vos, tal vez más que nosotros, tendréis vuestra buena parte!

¿Los presentimientos de Bruno llegarían á realizarse? El porvenir se lo demostraría. Sea como fuese, con prevenir á su amo, habia cumplido su deber de fiel servidor, y puesto que Van Mitten estaba resuelto á continuar aquel viaje, tan absurdo como incómodo, no tenia que hacer más que seguirle.

Aquel camino del litoral costea casi invariabilmente los contornos del mar Negro. Si se aleja algunas veces, por evitar un obstáculo del terreno ó dejar atras algun pueblo, no es nunca más que por algunas verstas. Las últimas ramificaciones de la cadena del Cáucaso, que corta casi paralelamente la costa, vienen á morir en los confines de aquellas poco frecuentadas riberas. En el horizonte, hacia el Este, se dibuja, como un ariete de dientes desiguales que muerden al cielo, aquella eterna nevada cima.

Á la una de la tarde empezaron á costear la pequeña bahía de Zemas, á siete leguas de Kajewskaja, con el fin de llegar, ocho leguas más allá, al pueblo de Gelendschik.

Aquellos pueblos, como se ve, están poco alejados los unos de los otros.

En el litoral de los distritos del mar Negro se encuentran, poco más ó ménos, á la distancia indicada; pero fuera de aquel conjunto de casas, ménos importantes algunas veces que un pueblecillo ó un caserío, el país se convierte casi en un desierto, y el comercio se efectúa la mayor parte de las veces por los cabotajes de la costa.

Aquella faja de tierra, entre el pié de la montaña y el mar, es de un aspecto agradable. Aquella tierra sustenta multitud de árboles de diversas especies;

tales son grupos de robles, tilos, nogales, castaños, plátanos, en donde los caprichosos sarmientos de la viña salvaje se entrelazan como las lianas de un bosque tropical. Sobre todo esto, ruiseñores y curruacas salen jugueteando de los campos de *azelias*, que solamente la Naturaleza ha sembrado sobre aquellos fértiles terrenos.

Hacia el mediodía, los viajeros volvieron á encontrar una completa tribu de kalmouks nómadas, ó sean de los que se han dividido en *oulousers*, comprendiendo muchos khotonnes. Aquellos khotonnes son verdaderos pueblos ambulantes, compuestos de cierto número de kibitkas ó tiendas, que permiten situarse en cualquier sitio, ya sea en la estepa, ya en los verdes prados de los valles, ya en las orillas de algun rio, á la voluntad de los jefes. Se sabe que aquellos kalmouks son de origen mongólico. En las regiones caucásicas eran muy numerosos ántes; pero las exigencias de la administracion rusa, por no decir sus vejaciones, han provocado una numerosa emigracion al Asia.

Los kalmouks han conservado costumbres aparte y un traje especial. Van Mitten anotó en su librito de memorias, que los hombres llevaban un ancho pantalón, botas marroquies, una khalate, especie de bata muy ancha, y un bonete cuadrado, rodeado de una banda de tela forrada de piel de carnero. El traje para las mujeres es, sobre poco más ó ménos, el mismo, excepto el cinturón, y ademas un gorro, del cual salen trenzas de cabellos, adornadas de cintas de color. Tocante á los niños, van casi desnudos, y en el invierno, para calentarse, se agazan en el atrio de la kibitka, durmiendo sobre las cenizas calientes.

Pequeños de estatura, pero robustos, excelentes jinetes, vivos, hábiles, astutos, alimentados con un poco de sopa de harina cocida en agua con pedazos de carne de caballo, son, sin embargo, muy borrachos, ladrones, ignorantes hasta el punto de no saber leer, supersticiosos en exceso, jugadores incorregibles: tales son aquellos nómadas que recorren incessantemente las estepas del Cáucaso. El carruaje atravesó uno de sus khotonnes, sin causar casi ninguna admiracion. Apenas se molestaron para mirar á aquellos viajeros, de los cuales, uno por lo ménos, los observaba con atencion. Pueda ser que arrojárán envidiosas miradas á aquel rápido tren que galopaba sobre el camino. Pero, felizmente para el señor Keraban, permanecieron tranquilos. Los caballos pudieron llegar al próximo relevo sin inconveniente de ninguna clase.

El carruaje, despues de haber costado la bahía de Zemas, encontró un camino estrechamente abierto entre los primeros contrafuertes de la cadena y del litoral; pero más allá, aquel camino se ensanchaba sensiblemente, y llegaba á ser algo más practicable.

Á las ocho de la noche llegaban al pueblo de Gelendschik. Relevaban, comian, y á las nueve volvian á partir, corriendo toda la noche bajo un cielo á veces nublado, á veces estrellado, y al ruido de la resaca de una costa azotada por los malos tiempos del equinoccio; al dia siguiente, á las siete de la mañana, llegaban al pueblo de Berejowaja; al mediodía, al de Dschuba; á las seis de la tarde, al pueblo de



Los kothonnes son verdaderos pueblos ambulantes.

Tenjinsk ; á media noche, al de Nebugsk ; á la mañana siguiente, á las ocho, llegaban al pueblo de Golowinsk ; á las once, al de Lachowsk, y dos horas despues, al de Ducha.

Ahmet hubiera hecho muy mal en quejarse. El viaje tenía lugar sin accidentes, lo que le agradaba mucho, pero sin incidentes, lo que no dejaba de disgustar á Van Mitten. Su libro de memorias no se llenaba más que de fastidiosos nombres geográficos. Ni un resúmen nuevo, ni una impresion digna de fijar para el porvenir.

En Ducha, la carroza debió detenerse dos horas, mientras que el maestro de postas iba por sus caballos, que se hallaban pastando.

—Pues bien —dijo Keraban — comamos tan confortablemente, y tanto, como lo permitan las circunstancias.

— Si, comamos — respondió Van Mitten.

— ¡ Y comamos bien, si es posible ! — murmuró Bruno mirando su enflaquecido vientre.

— Tal vez esta parada — repuso el holandés — pueda proporcionarnos algo imprevisto, y hacer ménos monótono nuestro viaje, como ha sucedido hasta aquí. ¡ Creo que nuestro jóven amigo nos permitirá respirar !....

— Hasta la llegada de los caballos — respondió Ahmet. — ¡ Estamos ya en el noveno día del mes !

— ¡ Hé aquí una respuesta como las que á mí me gustan ! — replicó Keraban. — ¡ Veamos lo que hay de comer !

La posada de Ducha no pasaba de ser una medianía en su género, situada en la pequeña ribera de Mdsymta, que corre torrencialmente por los contrafuertes cercanos.



Apénas se molestaron para mirar aquellos viajeros.

Aquel pueblo se parecía mucho á las aldeas cosa-cas, que llevan el nombre de stamisti, con empalizadas y puertas, en las que domina una torrecilla cuadrada, donde vigilan noche y día constantes centinelas. Las casas, de altos techos de paja, con paredes de madera y arcilla, abrigadas á la sombra de hermosos árboles, alojan á una poblacion, si no desahogada, por lo ménos de una posición superior á la de la indígena.

Por otra parte, los cosacos han perdido casi por completo su originalidad nativa, con el incesante contacto de los rurales de la Rusia oriental. Pero son lo mismo que ántes, bravos, hábiles, vigilantes, guardianes excelentes para las líneas militares confiadas á su cargo, y pasan, con razon, por los primeros jinetes del mundo, tanto en sus persecuciones á los montañeses, cuya rebelion se halla en estado crónico,

como en las justas ó torneos, en que se muestran jinetes de primer órden.

Aquellos indígenas pertenecen á una buena raza, conocida por su elegancia, por la belleza de sus formas, pero no por su traje, que se confunde casi con el del montañes caucásico. Sin embargo, bajo el alto casquete de piel, es fácil encontrar las enérgicas facciones, que una espesa barba cubre hasta los pómulos.

Cuando el señor Keraban, Ahmet y Van Mitten se sentaron á la mesa de la posada, les sirvieron una comida cuyos elementos se habian adquirido del doukhan próximo, especie de tienda portátil en donde el salchichero, el carnicero y el especiero se confunden á menudo y en una sola industria. Les dieron pavo asado, uno de esos pasteles de harina de maíz, salpicado de pedacitos de queso de búfalo, denomina-

dos *gatschapouri*, el inevitable plato nacional, el *blini*, especie de torta hecha de leche ácida; despues, para bebida, algunas botellas de cerveza muy espesa, y frascos de *vodka*, aguardiente muy fuerte del que los rusos hacen un increíble consumo.

Francamente, no se podía exigir más de aquella pequeña posada perdida en los últimos confines del mar Negro, y con buen apetito, los convidados hicieron honor á aquella comida que variaba el ordinario de sus provisiones de viaje.

Acabada la comida, Ahmet abandonó la mesa, mientras que Bruno y Nizib se entretenían con su parte de pavo y las tortas nacionales. Siguiendo su costumbre, fué al relevo con el fin de apresurar la llegada de los caballos, decidido á decuplicar, si era necesario, los cinco popeks por versta y por caballo que los reglamentos conceden á los maestros de postas, eso sin contar con las propinas de los postillones.

Mientras que le aguardaban, el señor Keraban y su amigo Van Mitten se situaron en una especie de glorieta verde, donde el río bañaba á intervalos las musgosas estacas.

Aquella era la ocasion para entregarse al *dolce far niente* de aquel delicioso sueño al que los orientales dan el nombre de *kef*.

Ademas, el uso de los narghilés era preciso, como complemento de una comida tan digna de ser convenientemente digerida. Así es que las dos pipas se sacaron del carruaje y se las llevaron á los fumadores, que se acordaban con gusto de las dulzuras de aquel pasatiempo, al que debían su fortuna.

Llenaron de tabaco el depósito de los narghilés; se nos olvidaba decir que si el señor Keraban hizo rellenar el suyo de *tombeki*, de origen persa, siguiendo su invariable costumbre, Van Mitten, por no perder la suya, lo hizo con *latakié* del Asia Menor.

Despues, los pequeños hornillos se encendieron: los fumadores se extendieron en un banco, el uno cerca del otro; el largo tubo rodeado de un filete dorado y terminado por una boquilla de ámbar del Báltico, encontró sitio entre los labios de los amigos.

Bien pronto la atmósfera quedó saturada de aquel oloroso humo, que no llegaba á la boca, sin haber sido ántes delicadamente refrescado por el agua limpia del narghilé.

Durante algunos instantes, el señor Keraban y Van Mitten, entregados por completo á ese inefable gozo que procura el narghilé, preferible al chibouk y al cigarro, permanecieron silenciosos, con los ojos entornados, y fija su indecisa mirada en aquellas volutas de humo que formaban un edredon aereo.

—¡Ah! ¡hé aqui la verdadera y pura voluptuosidad —dijo el señor Keraban— y no encuentro nada mejor, para pasar una hora, en íntima conversacion con su narghilé!

—¡Conversacion sin discusion —respondió Van Mitten— y que es muy agradable!

—Tambien —replicó Keraban— el Gobierno turco ha estado, como siempre, mal aconsejado imponiendo una contribucion al tabaco, que aumenta diez veces su precio. ¡Gracias á esta estúpida idea, el uso del narghilé tiende poco á poco á desaparecer y terminará por desaparecer un día!

—¡Sería una lástima, en efecto, amigo Keraban!

—En cuanto á mí, amigo Van Mitten, tengo tal predileccion por el tabaco, que preferiria la muerte á renunciar á él. ¡Si, morir! ¡Y si yo hubiera vivido en tiempo de Amurat IV, aquel déspota que quiso prohibir su uso bajo pena de muerte, hubieran visto rodar mi cabeza con la pipa en los labios!

—Pienso como vos, amigo Keraban —respondió el holandés, lanzando tres bocanadas de humo.

—¡No tan deprisa, Van Mitten, por favor, no aspireis tan deprisa! No teneis tiempo de saborear el humo y me haceis el efecto de un gloton que se traga la comida sin masticarla.

—Teneis siempre razon, amigo Keraban —respondió Van Mitten, que por nada del mundo hubiera querido turbar aquel dulce reposo con los efectos de una discusion.

—¡Siempre, amigo Van Mitten!

—Lo que me extraña verdaderamente, amigo Keraban, es que nosotros, negociantes en tabacos, experimentemos tanto placer utilizando nuestra propia mercancia!

—¿Y por qué no? —preguntó Keraban, que siempre estaba alerta.

—Porque si los pasteleros se cansan de los pasteles, y los confiteros de las confituras que fabrican; me parece que un negociante en tabacos debia tener horror al....

—Una sola observacion, Van Mitten —respondió Keraban, — una sola, os lo ruego.

—¿Cuál?

—¿Habeis oido alguna vez que á un comerciante en vinos no le gusten los vinos que fabrica?

—¡Ciertamente que no!

—Pues bien, comerciante de vino ó comerciante de tabacos es exactamente lo mismo.

—Sea —repuso el holandés. — La explicacion que me habeis dado me parece excelente.

—Pero —repuso Keraban — puesto que parece que me buscais disputa sobre ese punto....

—Yo no os busco disputa, amigo Keraban —respondió vivamente Van Mitten.

—¡Si!

—¡No, os lo aseguro!

—En fin, puesto que me haceis una observacion algo agresiva respecto á mi gusto por el tabaco....

—Creed que....

—Si.... si.... —respondió Keraban animándose.— Sé comprender las insinuaciones....

—No hay la menor insinuacion por mi parte —respondió Van Mitten, que sin saber por qué (pueda ser bajo la influencia de la buena comida que acababa de hacer), comenzaba á impacientarse de aquella insistencia.

—¡Ah! —replicó Keraban — y á mi vez os voy á hacer una observacion.

—¡Hacedla, pues!

—No comprendo, no puedo comprender por qué os permitis fumar *latakié* en un narghilé. Es una falta de gusto, indigna de un fumador.

—Pero me parece que tengo el derecho —respondió Van Mitten — puesto que prefiero el del Asia Menor....

— ¡El Asia Menor, verdaderamente! ¡El Asia Menor está muy lejos de valer lo que Persia, tratándose de tabaco para fumar!

— ¡Eso, según!

— El *tombeki*, aún después de haber sufrido un doble lavado, posee todavía propiedades activas, infinitamente superiores á las del *latakié*.

— Lo creo — exclamó el holandés. — Tiene propiedades activas debidas á la presencia de la belladona.

— ¡La belladona, en proporciones convenientes, no hace más que aumentar las cualidades del tabaco!.....

— Para las personas que quieren envenenarse tranquilamente — dijo Van Mitten.

— ¡No es un veneno!

— ¡Es uno y de los más enérgicos!

— Entonces estoy muerto — exclamó Keraban, que en el interés de la conversacion se tragó toda una bocanada de humo.

— ¡No, pero os moriréis!

— Pues bien, á la hora de mi muerte — repitió Keraban, cuya voz tomó una intensidad inquieta, sostendría que el *tombeki* es preferible á ese heno seco al que llaman *latakié*.

— ¡Es imposible dejar pasar sin protestar semejante error! — dijo Van Mitten.

— ¡Pasará, sin embargo!

— ¡Y osáis decir eso á un hombre que durante veinte años ha comprado tabacos!

— ¡Y osáis sostener lo contrario á un hombre que durante treinta años los ha vendido!

— ¡Veinte años!

— ¡Treinta años!

En aquella nueva fase de la discusion, los dos contradictores se volvieron al mismo tiempo. Pero mientras que gesticulaban con viveza, las boquillas se salieron de entre los labios y los tubos cayeron al suelo. Al momento, los dos los recogieron y continuaron su disputa, hasta el punto de llegar á las exclamaciones más desagradables.

— Decididamente, Van Mitten — dijo Keraban — sois el más rematado testarudo que conozco.

— ¡Después de vos, Keraban, después de vos!

— ¿Yo?

— ¡Vos! — exclamó el holandés, que no se quedaba atrás. — ¡Mirad el humo del *latakié*, que sale de entre mis labios!

— ¡Y vos — repuso Keraban — el humo del *tombeki*, que arrojo como una olorosa nube!

Y los dos aspiraron por la boquilla de ámbar, con toda la fuerza de sus pulmones, arrojándose ambos el humo á la cara.

— ¡Sentís — decía el uno — el olor de mi tabaco!

— ¡Sentís — decía el otro — el del mío!

— Yo os obligaré á confesar — dijo al fin Van Mitten — que tocante á tabacos no conocéis nada.

— ¡Y vos — replicó Keraban — que estais por bajo del peor fumador!

Entonces los dos hablaron tan alto, bajo la impresion de la cólera, que desde fuera se les oía. Verdaderamente habian llegado á punto de injuriarse. Pero en aquel momento Ahmet apareció. Bruno y Nizib, atraídos por el ruido, le seguian. Los tres se detuvieron en el dintel de la glorieta.

— ¡Toma! — exclamó Ahmet riéndose á carcajadas; — mi tío Keraban está fumando el narghilé del señor Van Mitten, y éste está fumando el de mi tío.

Bruno y Nizib le hicieron coro.

En efecto, al recoger las boquillas, los dos contradictorios se habian equivocado, y habian cogido el tubo el uno del otro, lo que hacía que, sin apercibirlo, y continuando proclamando las cualidades de su tabaco predilecto, Keraban fumaba *latakié*, mientras que Van Mitten fumaba *tombeki*.

Verdaderamente no pudieron ménos de reirse, y finalmente se dieron la mano como dos amigos, á los que una discusion, aún sobre un punto tan grave, no alteraba su amistad.

— Los caballos están en el carruaje — dijo entonces Ahmet. — No tenemos más que partir.

— Partamos, pues — respondió Keraban.

Van Mitten y él entregaron á Bruno y á Nizib los dos narghilés, transformados en armas de guerra, y todos se colocaron en el coche de viaje.

Pero al subir, Keraban no pudo ménos de decir muy bajo á su amigo:

— Puesto que lo habeis probado, Van Mitten, confesad que el *tombeki* es superior al *latakié*!

— ¡Lo confieso! — respondió el holandés — que se pavoneaba de haber tenido una grave discusion con su amigo.

— Gracias, amigo Van Mitten — respondió Keraban emocionado por tanta condescendencia y por una confesion que no olvidaría jamás.

De nuevo los dos amigos se pactaron con un vigoroso apretón de manos, nueva prueba de amistad que no debía romperse nunca.

Sin embargo, el carruaje, arrastrado por el galope de los caballos, rodaba con rapidez sobre el camino del litoral.

Á las ocho de la noche llegaron á la frontera de la Abkasia, y los viajeros hicieron alto en el relevo de postas, donde durmieron hasta la mañana siguiente.

VII.

EN EL QUE SUCEDE UNA AVENTURA DE LAS MÁS GRANDES, QUE TERMINA CON LA SEGUNDA PARTE DE ESTA HISTORIA.

La Abkasia es una provincia aparte, situada en medio de la region caucásica, en la que el régimen civil no se ha introducido todavía, y que no cuenta más que con el régimen militar. Tiene por limite al Sur el rio Ingour, cuyas aguas forman los limites de la Mingrelia, una de las principales divisiones del gobierno de Koutais.

Es una bonita provincia, y además una de las más ricas del Cáucaso; pero el sistema que la rige no es conveniente para dar valor á sus riquezas. Solamente algunos de sus habitantes llegan á ser propietarios de un terreno, que ántes pertenecía á los principes actuales, descendientes de una dinastía persa. Así es que el indigena está todavía medio salvaje, teniendo apenas la nocion del tiempo, sin lenguaje fijo, hablando una especie de dialecto que sus habitantes vecinos no pueden comprender (tan pobre, que le



Teneis siempre razon, amigo Keraban.

faltan palabras para expresar las ideas más elementales).

A Van Mitten no se le olvidó apuntar el vivo contraste de aquella comarca con los distritos más avanzados en civilización, que acababa de atravesar.

A la izquierda del camino se desarrollaban campos de maíz, raramente campos de trigo; cabras y carneros, muy vigilados por los pastores; búfalos, caballos y vacas errando en libertad en los pastos; hermosos árboles, álamos blancos, higueras, nogales, robles, tilos, plátanos, grandes chaparros de boj y acebos; tal era el aspecto de aquella provincia de la Abkasia. Una intrépida viajera, la señora Carola Serena, dice con justicia que, « si se comparan entre sí aquellas tres provincias limítrofes una de la otra, la Mingrelia, Abkasia y Samourzakan, puede asegurarse que sus respectivas civilizaciones están en el mis-

mo grado de adelanto que la cultura de las montañas que las rodean; la Mingrelia, que socialmente marcha á la cabeza, posee grandes montañas pobladas de árboles, que proporcionan no pocas riquezas; la Samourzakan, más atrasada, presenta un aspecto medio salvaje; y finalmente, la Abkasia, que se conserva casi en su primitivo estado, no posee más que un escabel de montañas incultas, á las que no ha tocado todavía la mano del hombre. La Abkasia, por lo tanto, es la que, de todos los distritos caucásicos, entrará más tarde en el goce de los beneficios de la libertad individual. »

La primera parada que hicieron los viajeros después de haber atravesado la frontera fué en el pueblo de Gagri, bonita aldea, con una encantadora iglesia de Santa-Hypata, cuya sacristia sirve actualmente de lagar; un fuerte, que es al mismo tiempo



El carruaje costó enormes bosques.

hospital militar; un torrente seco en la actualidad, el Gagrinska, el mar por un lado, por el otro una campiña compuesta de árboles frutales, plantaciones de hermosas acacias, sembrados de bosquecillos de rosas odoríferas. En lontananza, á unas cincuenta verstas, se destaca la cadena limitrofe entre la Abkasia y la Circasia, cuyos habitantes, extenuados por los rusos en la sangrienta campaña de 1859, han abandonado aquel hermoso litoral.

El carruaje llegó á dicho punto á las nueve de la noche, y allí pernoctaron los viajeros. El señor Keraban y sus compañeros descansaron en uno de los doukans de la posada, y volvieron á partir á la mañana siguiente. Al mediodía, seis leguas más léjos, encontraron en Pizunda caballos de refresco. Allí Van Mitten ocupó una media hora en admirar la iglesia donde residieron los antiguos patriarcas del Cáucaso

occidental; aquel edificio, con su cúpula de ladrillos, antes cubierta de cobre; la construcción de sus naves, siguiendo el plano de la cruz griega; los frescos de sus paredes y su fachada sombreada por seculares olmos, merece incluirse entre los más curiosos monumentos del período bizantino del siglo sexto.

Después, en aquel mismo día, pasaron por los pueblecillos de Gouduati y de Gounista, y á la media noche, después de una rápida etapa de diez y ocho leguas, los viajeros descansaban algunas horas en el pueblo de Soukhoun-Kalé, situado sobre una ancha bahía foránea, que se extiende por el Sur hasta el cabo Kodor.

Soukhoun-Kalé es el principal puerto de la Abkasia; pero la última guerra del Cáucaso ha destruido en parte la ciudad, en la que residía una población híbrida de griegos, armenios, turcos, rusos, y todos

en mayor número que los abkasianos. Sin embargo, el elemento militar domina, y los *steamers* de Odessa ó de Poti mandan numerosos revisores á los cuarteles, contruidos cerca de la antigua fortaleza, que construyeron en el siglo sexto, bajo el reinado de Amurah, época de la dominación otomana.

Una comida al estilo georgiano, compuesta de sopa ágrida cocida con pollo, guisado de carne rellena, sañada con leche ácida y azafran (comida que no podría ser apreciada, sino muy medianamente, por dos turcos y un holandés), precedió á la partida á las nueve de la mañana.

Después de haber dejado atrás la bonita provincia de Kelassouri, construida en el sombrío valle de Kelassur, los viajeros franquearon el Kodor á veintisiete verstas de Soukhoun-Kalé. El carruaje costó enormes bosques, que podían compararse á verdaderas selvas vírgenes, con inextricables lianas, pobladas malezas, indestructibles, á no ser por el hierro ó por el fuego, y en las que no faltan ni serpientes, ni lobos, ni osos, ni chacales (un rincón de la América tropical, arrojado sobre el litoral del mar Negro). Pero ya el hacha de los exploradores hace su papel á través de aquellos bosques tan respetados durante tantos años, cuyos hermosos árboles desaparecerán en seguida para las necesidades de la industria, carpinteros de casas ó de navíos.

Otchemchiri, cabeza de partido del distrito que abraza el Kodor, y el Samourzakan, importante provincia marítima, asentada entre dos corrientes de agua; Ilori, cuyo santuario bizantino merece ser visitado; pero por falta de tiempo no pudo serlo en aquella ocasión; Gajida y Anaklifa se dejaron atrás en aquel mismo día (uno de los más largos por las horas que emplearon corriendo, uno de los más rápidos por el espacio que devoraron el galope de los caballos). Aun así, por la noche, á las once, los viajeros llegaron á la frontera de la Abkasia, vadearon el río Ingour, y veinticinco verstas más lejos, se detenían en Redout-Kalé, cabeza de partido de la Mingrelia, una de las provincias del gobierno de Koutais.

Las horas que quedaron de la noche se consagraron al sueño. Sin embargo, por fatigado que estuviese, Van Mitten se levantó muy temprano, con el fin de hacer por lo ménos una excursión provechosa antes de su partida. Pero encontró á Ahmet levantado tan pronto como él, mientras el señor Keraban dormía todavía en una confortable habitación de la posada principal.

—¿Ya estais levantado?—dijo Van Mitten al ver á Ahmet que iba á salir.—¿Abrigais la intención de acompañarme en mi matinal paseo?

—¿Hay tiempo acaso, señor Van Mitten?—respondió Ahmet?—¿No es necesario que me ocupe de renovar las provisiones del viaje? No tardaremos en atravesar la frontera ruso-turca, y creo no sería conveniente hacerlo en los desiertos del Zaristan y la Anatolia. ¡Ya veis que no tengo un instante que perder!

—Pero después que hagais todo eso—respondió el holandés—¿no dispondréis de algunas horas?....

—Cuando ejecute eso, señor Van Mitten, tendré que revisar la carroza, y que entenderme con un car-

retero para que apriete bien las tuercas, dé grasa á los ejes, que observe si el freno marcha bien, y que cambie la cadena de la arrastradera. ¡Es necesario que al pasar la frontera no nos detengamos en hacer reparos! Aguardo reponer el carruaje y cuento con que acabará al propio tiempo que nosotros este extraño viaje.

—Bien; pero cuando hagais eso....—repitió Van Mitten.

—Hecho eso, me ocuparé del relevo, é iré á la casa de postas para arreglar el negocio.

—Muy bien, pero después....—añadió Van Mitten, que no desistía de su idea.

—Después—respondió Ahmet—será hora de partir y partiremos. Así, pues, os dejo.

—Un instante, jóven amigo—repuso el holandés;—permitidme haceros una observación.

—Hablad, pero deprisa, señor Van Mitten.

—¿Sabréis, sin duda, lo que es esta curiosa Mingrelia?

—Algo.

—¿Es la comarca regada por el poético Phase, cuyas pepitas de oro venían á incrustarse en las escaleras de mármol del palacio levantado en sus orillas?

—En efecto.

—Aquí se extiende aquella legendaria Cólchida, donde Jason y sus argonautas, ayudados por la mágica Medea, fueron á conquistar al precioso toison que defendía un formidable dragón, sin hablar de terribles toros que vomitaban fantásticas llamas.

—No digo que no.

—Finalmente, aquí es, en estas montañas que se presentan en el horizonte, sobre la roca Khombi, dominando la moderna ciudad de Kontais, donde Prometeo, hijo de Jafet y de Climena, después de haber arrebatado con loca audacia el fuego del cielo, fué encadenado por orden de Júpiter, y allí es donde un buitre le roe eternamente las entrañas.

—Nada más cierto, señor Van Mitten; pero, os lo repito, tengo prisa. ¿Á dónde queréis venir á parar?

—¡Ah, mi jóven amigo!—respondió el holandés con amabilidad suma;—algunos días en esta parte de la Mingrelia y hasta en el Kontais podrían emplearse con notable provecho para nuestro viaje y....

—¿Cómo!—respondió Ahmet—¿nos proponeis quedarnos algún tiempo en Redout-Kalé?

—¡Oh! cuatro ó cinco días serían suficientes....

—¿Propondriais eso á mi tío Keraban?—preguntó Ahmet con malicia.

—¡Yo.... jamás!—respondió el holandés.—Eso sería materia de discusión, y después de la sensible escena de los narghilés, os lo aseguro, no quiero entablar una discusión con ese buen hombre.

—¡Y haceis muy bien!

—Pero en este instante, no es al terrible Keraban al que yo me dirijo, es á mi jóven amigo Ahmet.

—Os engañais, señor Van Mitten—respondió Ahmet, cogiéndole la mano.—No es á vuestro jóven amigo al que hablais en este momento.

—¿Pues á quién?....

—Al prometido de Amasia, señor Van Mitten, y ya sabéis que el prometido de Amasia no tiene ni una hora que perder.

Entonces Ahmet se separó de él para ocuparse de los preparativos del viaje. Van Mitten, algo depechado, no tuvo más remedio que resignarse á dar un paseo poco instructivo por la provincia de Redout-Kalé en compañía del fiel pero amostazado Bruno.

Al mediodía, todos los viajeros se hallaban prestos á partir. El carruaje, examinado con cuidado, arreglado por algunos sitios, prometía recorrer largas distancias en excelentes condiciones. La caja de las provisiones bien repleta; no había nada que temer bajo aquel punto de vista, durante un número considerable de verstas, ó mejor dicho, agatches, puesto que iban á atravesar las provincias de la Turquía asiática en aquella segunda parte del itinerario, pero Ahmet, como hombre previsora, no podía menos de alegrarse de haber previsto todas las eventualidades que pudieran surgir, tanto respecto á la alimentación como á la locomoción.

El señor Keraban no veía sin verdadera satisfacción efectuarse los trayectos sin incidentes y accidentes. De qué manera quedaria satisfecho su amor propio de antiguo turco, en el momento en que apareciese en la orilla izquierda del Bósforo, despreciando á las autoridades otomanas, así como á sus decretos y contribuciones injustas, sería inútil decirlo.

En fin, Redout-Kalé, no hallándose más que á noventa verstas de la frontera turca, ántes de veinticuatro horas el más testarudo de los Osmanlies contaba con poner el pié en tierra otomana. Allí estaria en su casa.

— ¡En marcha, sobrino, y que Allah continúe protegiéndonos! — exclamó alegremente.

— En marcha, tío — respondió Ahmet.

Y los dos se colocaron en el cupé, seguidos de Van Mitten, que trataba en vano de apereibir aquella mitológica cima del Cáucaso, sobre la que Prometeo expiaba su sacrilega tentativa.

Partieron bajo los chasquidos del látigo del *iemschik* y los relinchos de un vigoroso tiro.

Una hora despues el carruaje pasaba la frontera del Gouriel, anexionado á la Mingrelia en 1801. Tiene por cabeza de partido á Potí, puerto bastante importante del mar Negro, donde una vía férrea comunica con Tiflis, capital de Georgia.

El camino se dirigia en algun tanto hácia el interior de una fértil campiña. Aquí y allí, pueblos cuyas casas no se encuentran agrupadas, sino por el contrario, esparcidas en los campos de maíz. Nada hay tan singular como el aspecto de aquellas construcciones, que no son de madera, sino de paja trenzada como una obra de un cesterero. Van Mitten no olvidó el anotar aquella particularidad en su cuaderno de viaje. Por lo tanto, ya no eran tan insignificantes los detalles que se habia esperado notar durante su paso á traves de la antigua Cólchida. Tal vez seria más feliz cuando llegase á las orillas del Kion, el rio de Potí, que no es otro que el célebre Phase de la antigüedad, y segun algunos sabios geógrafos, uno de los cuatro cursos de las aguas del Eden.

Una hora despues, los viajeros se detenian delante de la linea del ferro-carril de Potí á Tiflis, en un sitio donde el camino corta la vía férrea, una versta

ántes de la estacion de Sakaris. Allí se abria un paso á nivel que era necesario franquear, si se queria, acortando el camino, llegar á Potí por la orilla izquierda del rio.

Los caballos se detuvieron delante de una barrera del ferro-carril que se hallaba cerrada.

Los cristales del cupé estaban descorridos, de modo que el señor Keraban y sus compañeros podian verlo que pasaba delante de ellos.

El postillon comenzó por llamar al guarda, quien por el pronto no acudió al llamamiento.

Keraban sacó la cabeza de la portezuela, y exclamó:

— ¿Esta maldita Compañía de caminos de hierro nos va á hacer otra vez perder nuestro tiempo? ¿Por qué se ha cerrado esa barrera para los coches?

— Sin duda porque va á pasar un tren — dijo sencillamente Van Mitten.

— ¿Y por qué va á pasar un tren? — replicó Keraban.

El postillon continuaba llamando, sin ningun resultado. Nadie se mostraba en la puerta de la caseta del guarda.

— ¡Que Allah le corte el cuello! — exclamó Keraban. — ¡Si no viene, sabré yo mismo abrir!....

— Un poco de paciencia, tío — dijo Ahmet, deteniendo á Keraban, que se preparaba á bajar.

— ¿Paciencia?....

— ¡Sí! ¡Hé ahí al guarda!

En efecto: el guarda, saliendo de su casa, se dirigia tranquilamente al carruaje.

— ¿Podemos pasar, sí ó no? — preguntó con un tono seco Keraban.

— Podeis — repuso el guarda. — El tren de Potí no llegará ántes de diez minutos.

— Abrid la barrera entonces, y no nos hagais retrasar inútilmente; Tenemos prisa!

— Voy á abrir — respondió el guarda.

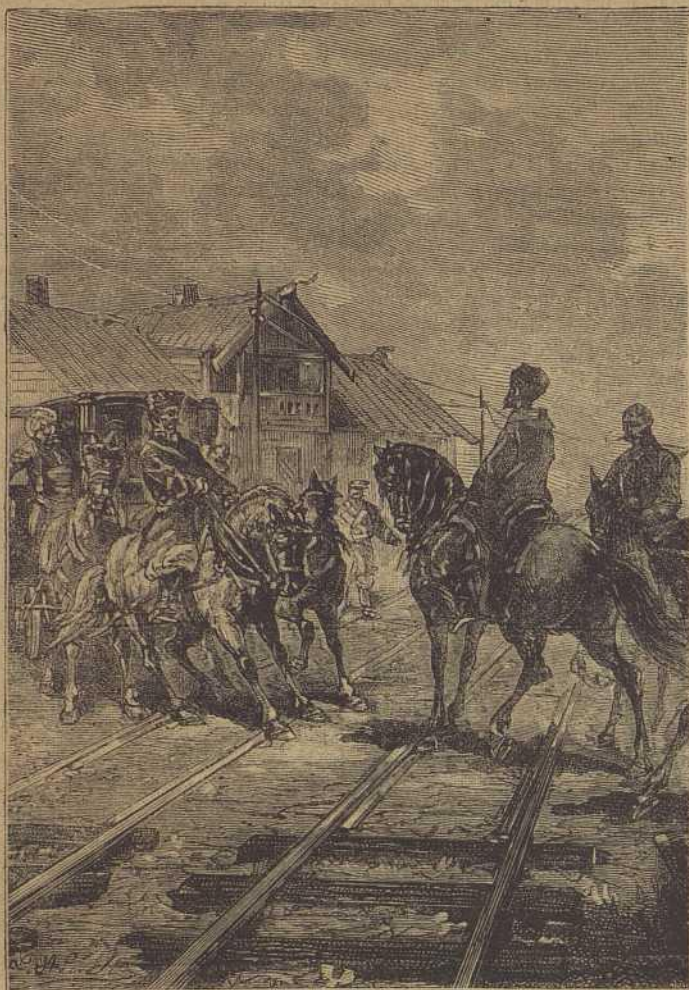
Primeramente fué á empujar la barrera colocada al otro lado de la vía, y despues volvió para abrir la que estaba enfrente del carruaje; pero todo lo ejecutó con mucha calma, como hombre que no tiene para las exigencias de los viajeros más que una indiferencia marcada.

El señor Keraban se hallaba impaciente.

Por fin el paso quedó libre por los cuatro lados, y el carruaje se aventuró á t áves de la vía.

En aquel momento, al lado contrario apareció un grupo de viajeros. Un señor turco, montado sobre un magnífico caballo, seguido de cuatro caballeros que le escoltaban, se disponia á franquear el paso.

Era, sin duda alguna, un elevado personaje. De unos treinta años de edad, su estatura elevada se destacaba con aquella nobleza particular de las razas asiáticas. Figura bastante buena, ojos animados únicamente por el fuego de la pasión, frente espaciosa, barba negra, cuyas rizadas puntas descendian hasta la mitad del pecho, y sus á veces entreabiertos labios dejaban ver una blanquecina dentadura; poseia, en suma, la fisonomía de un hombre imperioso, distinguido por su situacion y su fortuna, acostumbrado á la realizacion de todos sus deseos, al cumplimiento de todas sus voluntades, y al cual cualquiera género



Era necesario que el uno ó el otro retrocediese.

de resistencia le hubiera conducido al mayor exceso. Había algo de salvaje en aquella naturaleza, cuyo tipo turco confinaba con el árabe.

Este señor llevaba un sencillo traje de viaje, cortado á la moda de los ricos osmanlies, que son más asiáticos que europeos. Sin duda bajo aquel cafetan de color oscuro se disimulaba el rico personaje que era.

En el momento en que el carruaje se dirigía á la mitad de la vía, el grupo de caballeros hizo lo propio. Como la estrechez de las barreras no permitía al carruaje y al grupo pasar al mismo tiempo, era necesario que el uno ó el otro retrocediese.

El carruaje se había detenido, mientras que los jinetes hacían otro tanto; mas no parecía que el señor extranjero tuviese la intención de ceder el paso al señor Keraban. ¡Turco contra turco! Aquello podía muy bien atraer alguna complicación.

—¡Volveos!—exclamó Keraban á los caballeros, cuyos caballos tocaban con los del carruaje.

—¡Volveos vos!—respondió el caballero, que parecía decidido á no dar un paso atrás.

—¡Yo he llegado el primero!

—¡Pues bien, pasaréis el segundo

—¡No cedere!

—¡Ni yo!

La discusión tomaba un carácter desfavorable.

—Tío—dijo Ahmet—¿qué nos importa?.....

—¡Sobrino, importa mucho!

—¡Amigo mio!.....—dijo Van Mitten.

—¡Dejadme en paz!—respondió Keraban.

Sin embargo, el guarda intervino exclamando:

—¡Volveos atrás! ¡volveos atrás!..... ¡El tren de Poti no puede tardar en llegar!..... ¡Volveos!

Pero el señor Keraban no le escuchaba. Después de



¿Quereis dejarme libre el paso? exclamó.

haber abierto la portezuela del carruaje, se había bajado á la via, seguido de Ahmet y Van Mitten, mientras Bruno y Nizib se precipitaban fuera del cabriolet.

El señor Keraban se fué directamente al caballero, y cogiendo á su caballo por la brida,

—¿Quereis dejarme libre el paso?— exclamó con una violencia que no podía contener.

—¡Jamás!

—¡Vamos á verlo!

—¿A verlo?.....

—¡No conocéis al señor Keraban!

—¡Ni vos al señor Saffar!

En efecto, era el señor Saffar, que se dirigia á Poti despues de una rápida excursion por las provincias del Cáucaso meridional. Pero aquel nombre de Saffar, aquel nombre del personaje que alquilaba por anticipado los caballos del relevo de Kertsch, no po-

día suscitar más que la cólera de Keraban. ¡Ceder á aquel hombre contra el que había hecho tantas recriminaciones! ¡Jamás! ¡Antes se dejaría aplastar por los cascos de su caballo!

—¡Ah! ¿sois vos el señor Saffar?— exclamó.— ¡Pues atras, señor Saffar!

—¡Adelante!— dijo Saffar, haciendo seña á los jinetes para que forzasen el paso.

Ahmet y Van Mitten, comprendiendo que nada haria ceder á Keraban, se preparaban á ayudarle.

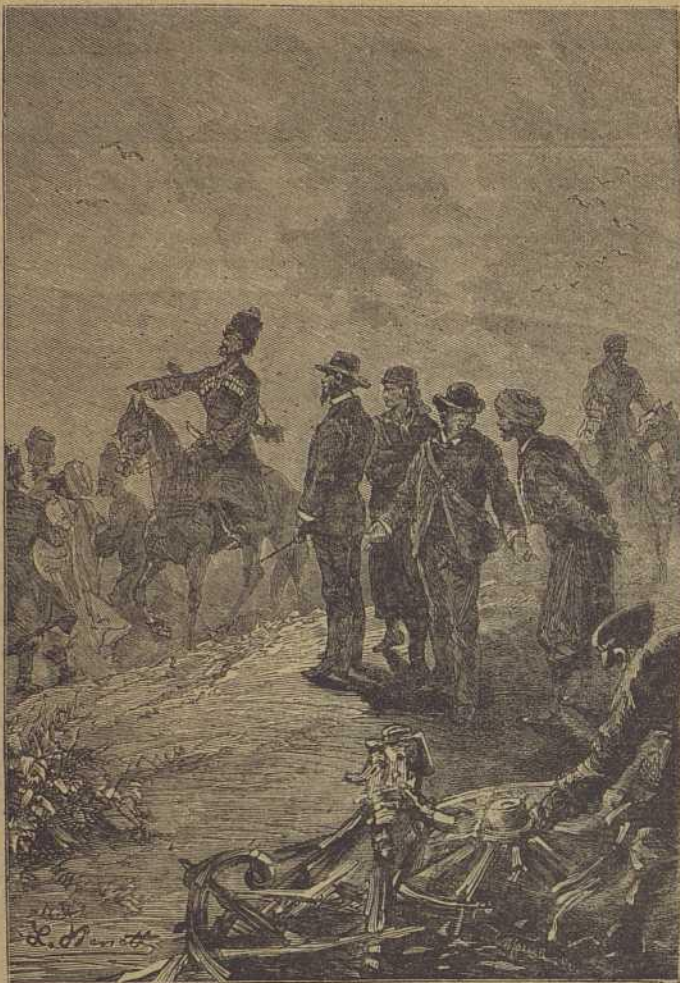
—¡Pasad! ¡pasad pronto!— repetia el guarda.— ¡Pasad!..... ¡Ahí está el tren!

Y en efecto, se oía el silbido de la locomotora, oculta entónces por un recodo del camino.

—¡Atras!— exclamó Keraban.

—¡Atras!— exclamó Saffar.

En aquel momento, el ruido de la locomotora se



¡Hémos aquí en una bonita situación! dijo el holandés.

acentuó más y más. El guarda, ya medio loco, agitaba su bandera con el fin de detener el tren..... Era muy tarde..... el tren desembocaba de la curva.....

El señor Saffar, viendo que no había tiempo de atravesar la vía, retrocedió precipitadamente. Bruno y Nizib se arrojaron al otro lado. Ahmet y Van Mitten, cogiendo á Keraban, le arrastraban precipitadamente, mientras el postillon, sacando á los caballos al galope, los dirigía fuera de la barrera. En aquel momento, el tren pasaba con la rapidez de un express; pero de tal manera, que cogiendo la parte de atras del carruaje, que no había podido salir completamente de la vía, la rompió en mil pedazos, y desapareció sin que los viajeros hubiesen notado el choque de aquel ligero obstáculo.

El señor Keraban, fuera de sí, quiso arrojarse sobre su adversario; pero éste, espoleando á su caballo,

atravesó la vía desdeñosamente, sin honrarle con una mirada, y seguido de sus cuatro caballeros, desapareció al galope por el otro camino que sigue la orilla derecha del río.

— ¡El infame! ¡miserable! —exclamaba Keraban, retenido por su amigo Van Mitten. — ¡Si alguna vez le encuentro!.....

— Sí, pero lo principal es que no tenemos carruaje —respondió Ahmet, mirando los restos informes del coche, arrojados fuera de la vía.

— ¡Sea, sobrino, sea! ¡Pero no le he dejado pasar, y ha pasado el primero!

En aquel momento, algunos cosacos, de los encargados en Rusia para vigilar los caminos, se aproximaron. Habían visto todo lo que había sucedido en la barrera del ferro-carril.

Su primer movimiento fué coger al señor Keraban

y echarle la mano al cuello. Allí hubo protesta por parte de Keraban, intervencion inútil de Ahmet y su amigo, resistencia de las más violentas y del más terco de los hombres, que, despues de una contravencion á los reglamentos de policia de los caminos de hierro, amenazaba empeorar su situacion por rebelion á las órdenes de la autoridad.

Tanto se razona con los cosacos como con los gendarmes. Tanto se resiste con unos como con otros. De todas maneras, el señor Keraban, en el colmo de su furor, fué llevado á la estacion de Sakario, mientras que Ahmet, Van Mitten, Bruno y Nizib se quedaban sorprendidos ante los restos del carruaje.

—¡Hénos aquí en una bonita situacion!—dijo el holandés.

—¡Pero y mi tio!—respondió Ahmet.—¡No podemos abandonarle!

Veinte minutos despues, el tren de Tiflis descendia hácia Poti, pasando ante ellos. Miraron.....

En la ventana de uno de los compartimentos, apareció la furiosa cabeza del señor Keraban, rojo de cólera, los ojos inyectados, fuera de sí, tanto por haber sido detenido, como porque era la primera vez que aquellos feroces cosacos le obligaban á viajar por camino de hierro.

Pero era necesario no abandonarle en aquella crítica situacion.

Era necesario sacarle lo más pronto posible de aquel mal paso, donde su sola terquedad le habia

conducido, y no comprometer la vuelta á Scutari por una tardanza que podia prolongarse.

Dejando, por lo tanto, los restos del carruaje, cuya utilidad era nula, Ahmet y sus compañeros alquilaron un carrito, el postillon enganchó sus caballos, y despues de la rapidez con que se ejecutó esto, se lanzaron por el camino de Poti.

Era necesario recorrer seis leguas. Se recorrieron en dos horas.

Ahmet y Van Mitten, en el momento en que llegaron, se dirigieron al puesto de policia, con el fin de reclamar al infortunado Keraban, dándole libertad.

Allí supieron que el señor Keraban, despues de haber pagado una considerable multa por contravencion y por resistencia á los agentes, salió de entre las manos de los cosacos, y se dirigió á la frontera.

Se trataba, pues, de alcanzarle lo más pronto posible, y por lo tanto, de procurarse un medio rápido de trasporte.

Ahmet quiso informarse asimismo respecto del señor Saffar.

El señor Saffar habia dejado á Poti. Acababa de embarcarse en el *steamer* que hace escala en los diversos puntos del Asia Menor. Pero Ahmet no pudo saber adónde iba aquel altanero personaje, y lo último que vió en el horizonte fué la larga humareda lanzada por la chimenea del barco que conducia al señor Saffar hácia Trebisonda.

ÍNDICE.

	Páginas.		Páginas.
XI.— En el que se mezcla un poco de drama y cierta histórica fantasía de viaje.....	5	tra más fuerte en Geografía de lo que se creía su sobrino Ahmet.	20
XII.— En el que Van Mitten cuenta una historia de tulipanes que tal vez interese al lector.....	10	XV.— En el que el señor Keraban, Ahmet, Van Mitten y sus criados hacen el papel de salamandras.....	27
XIII.— En el que atraviesan oblicuamente la antigua Taurida, y se da á conocer el género de animales que arrastran el carruaje.....	14	XVI.— Donde se trata de la excelencia de los tabacos de Persia y del Asia Menor.....	34
XIV.— En el que el señor Keraban se mues-		XVII.— En el que sucede una aventura de las más graves, que termina con la segunda parte de esta historia.	39